

SERIE
HUMANI-
DADES

ISBN

978-

958-

782-

553-

4

PENSAR AMÉRICA LATINA DESDE LA LITERATURA

Relación con los otros y
reconstrucción de lo que
somos y seremos en *Terra
nostra* de Carlos Fuentes



RUBÉN DARÍO VALLEJO MOLINA

Editor académico

EDICIONES

USTA





**PENSAR AMÉRICA LATINA
DESDE LA LITERATURA:
RELACIÓN CON LOS OTROS
Y RECONSTRUCCIÓN DE LO
QUE SOMOS Y SEREMOS
EN TERRA NOSTRA
DE CARLOS FUENTES**

COLEC-

CIÓN

440

EDICIONES

USTA

**PENSAR AMÉRICA LATINA
DESDE LA LITERATURA:
RELACIÓN CON LOS OTROS
Y RECONSTRUCCIÓN DE LO
QUE SOMOS Y SEREMOS
EN TERRA NOSTRA
DE CARLOS FUENTES**

SERIE
HUMANI-
DADES

Rubén Darío Vallejo Molina
Editor académico



Vallejo Molina, Rubén Darío
Pensar América Latina desde la literatura:
Relación con los otros y reconstrucción
de lo que somos y seremos en Terra Nostra
de Carlos Fuentes / Rubén Darío Vallejo
Molina, Myriam Jiménez Quenguan
y Jorge Iván Parra Londoño, Bogotá:
Universidad Santo Tomás, 2022.

150 páginas; ilustraciones

Incluye referencias bibliográficas
e índice temático

ISBN: 978-958-782-553-4

E-ISBN: 978-958-782-554-1

1. Literatura -- América Latina 2. Fuentes, Carlos
-- Crítica e interpretación. 3. Historia - América
Latina. 4. Literatura latinoamericana -- Historia
y crítica I. Universidad Santo Tomás (Colombia).

CDD 860.9

CO-BoUST

© Rubén Darío Vallejo Molina, editor académico, 2022

© Rubén Darío Vallejo Molina, Myriam Jiménez
Quenguan y Jorge Iván Parra Londoño, autores, 2022

© Universidad Santo Tomás, 2022

Ediciones USTA

Bogotá, D. C., Colombia

Carrera 9 n.º 51-11

Teléfono: 601 587 8797, ext. 2991

editorial@usantotomas.edu.co

<http://ediciones.usta.edu.co>

Eduardo Franco *corrección de estilo*

lacentraldediseno.com *diseño de colección*

Martha Cadena *diagramación*

Hecho el depósito que establece la ley

ISBN: 978-958-782-553-4

E-ISBN: 978-958-782-554-1

Primera edición, 2022



Esta obra tiene una versión de acceso
abierto disponible en el Repositorio

Institucional de la Universidad Santo Tomás:
<https://doi.org/10.15332/li.lib.2022.00267>

Vigilada MinEducación

Reconocimiento personería jurídica: Resolución 3645
del 6 de agosto de 1965, Minjusticia

Acreditación Institucional de Alta Calidad Multicampus:
Resolución 014525 del 28 de julio de 2022, 8 años,
MinEducación

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
por cualquier medio, sin la autorización expresa del
titular de los derechos.

CON- TENI- DO

- 11 Sinopsis
- 13 Introducción
 - 23 Referencias
- 25 Pensar América Latina desde la literatura: *Terra nostra* de Carlos Fuentes
 - 40 Relación con los otros
 - 42 Lo que somos y lo que seremos
 - 44 Referencias
- 49 *Terra nostra: relación con los otros*
 - 50 ¿Cómo los latinoamericanos construimos nuestras identidades a partir de la relación con los otros?
 - 62 *Terra nostra* y nuestra relación con los otros y la de España con lo otro

- 72 El falansterio, centro de los
acontecimientos y principal espacio
de la novela
- 90 Referencias

93 **Terra nostra: reconstrucción de lo que somos y seremos**

- 93 Lo que somos y lo que seremos:
¿quiénes somos y cómo nos llamamos?,
esa es la cuestión
- 116 Lo que fuimos: el espejo de *Le obnuM*
ojeiV ("El viejo mundo")
- 123 Lo que somos: el espejo,
Le oveuN obnuM ("El mundo nuevo")
- 127 Lo que seremos: el espejo
de *Le obnuM ortO* ("El otro mundo"),
nosotros
- 130 Tres mundos, un solo mundo,
Terra nostra... somos nosotros
- 134 Referencias

137 A manera de conclusión

143 Sobre los autores

145 Índice temático

Sinopsis

Este libro es resultado de un proyecto de investigación que se inscribe en un macroproyecto que tiene como propósito pensar América Latina desde la literatura, así como aborda el problema de la llamada identidad latinoamericana a partir del estudio profundo de *Terra nostra*, una de las obras más complejas y arriesgadas de Carlos Fuentes, fruto, sin duda, de la experimentación estética y formal que asumió la literatura en el contexto de las décadas de 1960 y 1970.

Desde esta obra, se perciben múltiples miradas y problemas, como la diferencia de ideologías, la producción simbólica popular y la presencia de un imaginario identificado como culto. Todo esto implica analizar cómo ha sido la construcción del pensamiento latinoamericano y cómo es posible su reconstrucción a través de la literatura y su estudio.

Analizaremos la obra *Terra nostra* (1975/2016) de Carlos Fuentes según los siguientes ejes temáticos: mitos e identidades, relación con los otros, imagen y memoria, y reconstrucción de lo que somos y seremos.

En *Terra nostra*, están varios lugares e historias comunes propios de América Latina, que se pueden entender como formas de pensamiento; es posible distinguir pensamientos que nos identifican y otros que cuestionan nuestro lugar en el mundo, saber que van en aumento, porque, precisamente, es el lector el que aporta para elevar la consciencia desde su comprensión e interpretación de la obra literaria. Surge, además, el problema de la universalidad, de lo internacional; el camino analítico es, por tanto, amplio, múltiple.

Todos coincidimos en considerar *Terra nostra* una obra suma que contiene la pluralidad del sentir y del pensar latinoamericano; en esta novela, la fuente esencial del pensamiento de Fuentes involucra “El viejo mundo”, “El nuevo mundo” y “El otro mundo”.

El lenguaje de *Terra nostra* es incluyente, inclusivo, y da cuenta, por un lado, de la presencia de esas otras lenguas, otras culturas, otros mundos, que lograron insertarse en la lengua española, y, por otro, de la desbordante erudición del escritor mexicano que hace de esta materia objeto de creación.

Introducción

Pensar América Latina desde la literatura es una gran posibilidad para la construcción de un pensamiento propio, para valorar la literatura como fuente de conocimiento, reflexión y riqueza simbólica de nuestros pueblos.

Este libro resultado de investigación es pertinente para la nación y el mundo, porque la literatura latinoamericana moviliza todos los saberes, establece relaciones con todas las disciplinas y las artes, y, en esta medida, se piensa a través de las obras, los autores y los lectores que hablan sobre ella. Aporta a la reflexión sobre identidades, problemas del contexto, diversidad cultural, contribuye a proyectar un mayor nivel de consciencia y, al ser transdisciplinar, permite el avance de la literatura comparada, de la filosofía y del arte.

Analizar la imponente y extensa obra de Carlos Fuentes, *Terra nostra*, implica abordar el cruce de culturas: la indígena, la española, la afrodescendiente, la judeocristiana y otras que habitan en América Latina. Desde esta obra, se perciben múltiples miradas y problemas, como la diferencia de ideologías, la producción

simbólica popular y la presencia de un imaginario identificado como culto. Todo esto exige analizar cómo ha sido la construcción del pensamiento latinoamericano y cómo es posible su reconstrucción a través de la literatura y su estudio. Este proyecto se inscribe en el paradigma cualitativo, enfoque hermenéutico: “La disciplina que se ocupa clásicamente del arte de comprender textos es la hermenéutica” (Gadamer, 2017, p. 217), y un tipo de estudio que se enmarca en la literatura comparada, que concibe la realidad como una construcción cultural subjetiva, lo que implica que se aborde el problema desde el objeto de estudio, la obra literaria, y su particular contexto y temas.

La literatura comparada consiste en el examen de las literaturas desde el punto de vista internacional. Pues su identidad no depende solamente de la actitud o postura del observador. Es fundamental la contribución palpable a la historia, o al campo de literatura, de unas clases y categorías que no son meramente nacionales. (Guillén, 1985, p. 13)

En la primera fase de este proyecto de investigación, comprendimos que *pensar América Latina* abre un vasto campo investigativo que, necesariamente, incluye no solo las obras literarias y sus diferentes géneros (poesía, narrativa, ensayo), sino también a sus autores, quienes, sin ser necesariamente latinoamericanos, han pensado sus problemas, su inmensa geografía y cultura. Acordamos y encontramos pertinente que, antes de entrar en el análisis propiamente dicho de una

obra, era necesario construir un andamiaje teórico; en este sentido, decidimos delimitar nuestra investigación a cuatro ejes temáticos: mitos e identidades, relación con los otros, imagen y memoria y reconstrucción de lo que somos y lo que seremos, que facilitaran el abordaje de diversas obras.

Los ejes señalados son resultado de varias discusiones y debates, hallamos que es importante partir y destacar la siguiente tesis: la literatura de nuestros territorios es también una forma de pensar y esta es, quizá, su mayor contribución para el mundo y, en particular, para todos los latinoamericanos. En este sentido, es inmensa la riqueza cultural que nos caracteriza, gracias a la cual no solo es posible el reconocimiento de nuestra diversidad, sino también el cuestionamiento de los imaginarios heredados. Así, en la primera fase de esta investigación, llegamos a los cuatro ejes analíticos mencionados, ejercicio que implicó una revisión bibliográfica sistemática y avanzar en la lectura de la primera parte de *Terra nostra*, referida a “El viejo mundo”.

Afortunadamente, tenemos grandes voces literarias que piensan América Latina y que cuestionan nuestras realidades. En esta segunda fase, analizamos la totalidad de la obra *Terra nostra*, según los ejes temáticos enunciados, porque todos coincidimos en considerarla una obra suma que contiene la pluralidad del sentir y del pensar latinoamericano. En esta novela, la fuente esencial de su pensamiento involucra a “El viejo mundo”, “El nuevo mundo” y “El otro mundo”.

La preocupación inicial se centró en preguntarse ¿cómo hacerlo?, ¿cómo analizar las obras?, ¿cómo seleccionarlas?, ¿qué criterios de análisis seguir?, ¿cómo se relacionan con el ser humano y con la sociedad? Frente al inmenso campo de obras y autores que tratan América Latina, este ejercicio nos remite a otro problema: el de la subjetividad; sin embargo, la obra literaria como tal posee objetividad. ¿Pero cuál es su relación con el pensamiento? Necesariamente, este cuestionamiento nos direcciona a otros que se derivan de él como: ¿qué pensamiento encierra una obra literaria?, ¿por qué y para qué se produce ese tipo de pensamiento? En el caso de *Terra nostra*, surgen algunos interrogantes: ¿qué cuenta la novela?, ¿qué interés persigue el autor?, ¿qué encuentra el lector?, ¿qué aporta a las letras y al pensamiento latinoamericano?

Para pensar América Latina desde la literatura, existen diversas posturas y teorías, algunas de ellas han sido desarrolladas por la teoría literaria y otras por la filosofía. Como sabemos, la primera nace del interés por estudiar científicamente el fenómeno literario, su componente verbal, sus características, su función, su relación con la sociedad y la cultura. La teoría permite construir diversas rutas epistemológicas para analizar las obras y encontrar sus sentidos.

¿Cómo analizar *Terra nostra*? ¿Cómo desentrañar sus pensamientos? Para esta tarea, habría que distinguir sus componentes formales e intrínsecos, y los propios del contexto que remitirían a otras preguntas: ¿cómo era la sociedad de la década de 1970?, ¿qué ideas

destacaban en estos años?, ¿qué influencias literarias aparecen en la obra? Si bien la obra artística es irreducible y su posibilidad de análisis amplia, no se desea caer en estudios historicistas o reduccionistas; al contrario, más allá del espectáculo y la monumentalidad, el reto es profundizar en su pensamiento y su relación con el mundo, o, mejor, con los mundos, porque son varios los que aparecen en la novela.

La meta es trazar caminos que conduzcan, además de la comprensión del texto, a la superestructura que encierra; traducir sus ideas exige ser lectores activos, creadores, porque Fuentes, igual que Julio Cortázar, deja una gran tarea al lector: la de recrear, es decir, repensar y ser capaz de reinventar. ¿Cómo nos relacionamos? ¿Qué queremos ser? La obra de Fuentes abre espacios de reflexión y de consciencia: la literatura y la filosofía se fusionan para comprender y dar respuesta a los grandes y pequeños problemas humanos.

La literatura y la filosofía tienen en común la facultad del lenguaje y tratar los problemas de la realidad social, cultural e imaginaria. Las dos están estrechamente articuladas, las dos requieren una fundamentación crítica, analítica, interpretativa y argumentada; son experiencias reflexivas y creativas de conocimiento, apropiación y difusión. No es posible investigar si no se tienen competencias en letras y en investigación. Leer y escribir sobre América Latina implica profundizar en nuestras escrituras y lecturas; en obras, autores y contextos; en problemas propios de nuestros pueblos y territorios, que, necesariamente, contribuirán

a la generación de conocimiento; en este caso, específicamente literario y filosófico.

Analizar las obras literarias latinoamericanas remite, necesariamente, al hombre latinoamericano, a su pensamiento y a su cultura, a su realidad real y ficticia, y a sus diversos problemas y relaciones con otras disciplinas y saberes. Obras como *Terra nostra* son una fuente de riqueza simbólica, histórica, local y universal: en ella, aparecen problemas del mundo de ayer, de hoy y del porvenir; en este sentido, la obra literaria desvela universos polifónicos desde donde podemos extraer ideas, creencias, escenarios, personajes, historias, representaciones de la realidad, pero también el quiebre de las representaciones para dar espacio a lo imaginario.

El mundo desde la literatura se complejiza y se enriquece, los temas que aparecen son variados, incluyen el saber humano, la vida individual y colectiva, todo lo cual contribuye al conocimiento filosófico porque las obras literarias posibilitan el pensamiento existencial y cultural, y, de esta manera, es posible la construcción propia que integre nuestras diferencias, problemas y necesidades. Estudiar la obra literaria aporta también al saber de las demás disciplinas y artes porque ella tiene la capacidad de dialogar con todos los universos: la literatura interroga, da cuenta de una época, del autor, del lector, del mundo; en el caso de *Terra nostra*, el cuestionamiento es plural y trascendente, porque la obra resalta una nueva forma de leer y encontrar el espíritu latinoamericano.

Este libro resultado de investigación aborda con rigor el problema de la llamada identidad latinoamericana a partir del estudio profundo de *Terra nostra*, una de las obras más complejas y arriesgadas de Fuentes; fruto, sin duda, de la experimentación estética y formal que asumió la literatura en las décadas de 1960 y 1970. En esta obra totalizadora, se perfilan y se pintan tres microespacios bastante próximos a la alegoría: “El viejo mundo” (realidad y sueños), “El mundo nuevo” (lo maravilloso) y “El otro mundo” (la evocación, la nostalgia, la posibilidad de otras vidas). Según esta construcción espaciotemporal, propia de una novela contemporánea, que bien podríamos ubicar en el realismo mágico, desvelamos una “propuesta caórdica” en la que se deja leer una urdimbre de culturas, una hibridación que nos fortalece como grupo de etnias, y en la que se dilucidan las culturas indígena, española y afrodescendiente.

En este “caosmos escritural” (Fuentes, 1975) sobre lo caótico prima un orden (cosmos-orden), el movimiento en espiral de la novela, el curso helicoidal que permite apariciones-desapariciones-reapariciones de uno-y-el mismo-y-distinto-personaje; es un movimiento más profundo de los niveles del lenguaje y los estilos de hablar, cuyo emblema podría captarse en la “Vorágine nocturna” (p. 367) de “El mundo nuevo”, vorágine que es un espléndido descenso al inframundo, cifra y compendio de la narración entera junto con sus momentos complementarios: “Noche del volcán” (p. 444), que es el segundo descenso a niveles diferentes, pues se trata de Nanauatzin, el Empédocles nahua, cuyo

descenso-ascenso culmina en la tercera etapa que es la “Noche del retorno” (p. 487).

En el capítulo uno, los autores e investigadores del grupo de investigación Fray Antón de Montesinos de la Universidad Santo Tomás fundamentan el proyecto de investigación en su segunda fase y detallan cómo los aportes realizados desde distintas obras (poesía, narrativa, cuento, ensayo) y autores (de ficción y no ficción) le aportan al proyecto desde diferentes perspectivas, reflexiones, teorías, críticas y metodologías, porque la literatura es transversal, posee la capacidad de dialogar con todas las culturas y diversas disciplinas artísticas, históricas, filosóficas, sociológicas, psicológicas, pedagógicas, etc. De igual manera, pretenden indagar sus temas (mito, crónicas, memoria, imagen, estéticas) y problemas (identidades, alteridades, dictaduras, violencias).

Terra nostra se puede estudiar de infinitas maneras: mira a todo el mundo, pero, más que reflejar, cuestiona, indaga los universos y los sujetos, la subjetividad del lenguaje, no existen fronteras, lo real es la misma novela, allí sucede el pensamiento humano que desvela sus grandezas y sus miserias.

Myriam Jiménez Quenguan, Rubén Darío Vallejo Molina y Jorge Iván Parra Londoño abordan el sustento teórico del proyecto centrándose en dos de los ejes temáticos: relación con los otros y reconstrucción de lo que somos y lo que seremos, que facilitarán el tratamiento de diversas obras y sus relaciones. Igualmente, abordan la metodología de investigación

empleada para analizar la imponente y extensa obra de Fuentes, *Terra nostra*, lo que implica que se analice el problema desde el objeto de estudio, la obra literaria, y su particular contexto y temas, ya que las próximas publicaciones fruto del grupo de investigación Fray Antón de Montesinos se centrará en el primer eje temático denominado mitos e identidades, al igual que el cuarto eje temático llamado imagen y memoria en *Terra nostra*, que hará parte por su extensión de otro libro de esta misma colección.

En el capítulo dos, Jorge Iván Parra Londoño pretende atender a varias inquietudes, entre ellas, cómo los latinoamericanos construimos nuestras identidades a partir de la relación con el otro, con los otros, independiente de si somos conscientes de ella o no, de si la aceptamos o no: nuestra relación con el otro, los otros y la de España con lo otro.

En el capítulo tres, Rubén Darío Vallejo Molina plantea una oportunidad para pensarnos, reconstruirnos desde nuestras historias, nuestras identidades, nuestra lengua; encontrarnos con lo nuestro, lo propio, lo auténtico, lo que somos, lo que hemos sido y lo que seremos. Desarrolla un acercamiento desde *Terra nostra* a reconstruir lo que somos y seremos, porque nombrar es construir. La literatura recurre a la palabra y la creatividad, lo cual posibilita la liberación del hombre a través de la imaginación. Invita a leer o, mejor, releer *Terra nostra* al espejo, leer invertido, de atrás hacia adelante, del futuro al pasado, para reconocer el presente, de “El otro mundo” (*Le obnuMortO*),

a “El viejo mundo” (*Le obnum ojeiV*), para encontrarnos en “El nuevo mundo” (*Le oveuN obnuM*), en un efecto invertido, como resulta ser la escenografía del teatro de la memoria, leer como quieran, leer para mirarnos sin mirar en los espejillos, espejuelos y espejos que engrandecen o reducen, para viajar por la memoria, nuestra propia memoria, perdiéndonos para encontrarnos, sin perdernos, encontrándonos para perdernos y reconocernos, lo que fuimos, lo que somos, lo que seremos.

Destacamos en el libro la mirada multidisciplinar en diálogo con historiadores, críticos literarios, lingüistas, filólogos, sociólogos y, en general, estudiosos de la cultura, para comprender los alcances de la propuesta monumental de Fuentes en *Terra nostra*.

Enfatizamos en el caórden, para comprender y asimilar la compleja trama narrativa que propone Fuentes, a partir de elementos bastante signícos: el espejo, el lenguaje indígena ancestral, los intertextos literarios, la fusión y el choque de culturas, lo mítico-narrativo, los cronistas de Indias, la abundante literatura del Siglo de Oro español, la otredad, lo falanstérico, etc., cuyo despliegue en el cuerpo de lo narrado metamorfosea el discurso, lo deconstruye y lo pone al servicio de unas hondas discusiones de lo que implicó el choque y la contaminación de culturas a partir de la Conquista.

Los autores

Referencias

Gadamer, H. G. (2017). *Verdad y método* (vol. I, 14.^a ed.).

Sígueme.

Guillén, C. (1985). *Entre lo uno y lo diverso: Introducción a la literatura comparada*. Crítica.

Fuentes, C. (1975). *Terra nostra*. Joaquín Mortiz.

Pensar América Latina desde la literatura: *Terra nostra* de Carlos Fuentes

Rubén Darío Vallejo Molina

Myriam Jiménez Quenguan

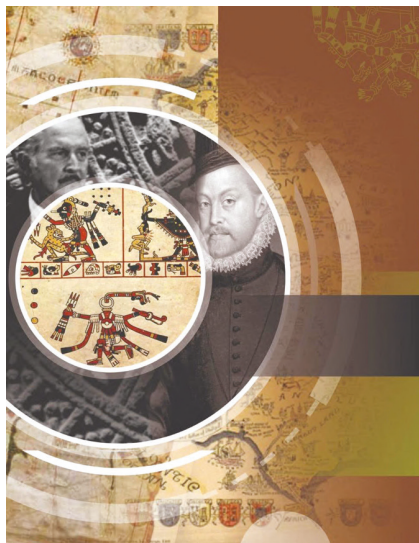
Jorge Iván Parra Londoño

*¿Existen ustedes? Pues poner en duda
nuestra cultura es poner en duda
nuestra propia existencia, nuestra
realidad humana misma, y por tanto
estar dispuestos a tomar partido a favor
de nuestra irremediable condición
colonial, ya que se sospecha que no
seríamos sino eco desfigurado de lo
que sucede en otra parte.*

(FERNÁNDEZ RETAMAR, 1995)

Este capítulo tiene como propósito pensar América Latina desde la literatura, porque esta es transversal, posee la capacidad de dialogar con todas las culturas y diversas disciplinas.

Figura 1. América latina desde la literatura



Fuente: diseño y composición de Erica Nathalia Nera Romo.

En esta ocasión, se analizará *Terra nostra*, de Carlos Fuentes (1975/2018) según los siguientes ejes temáticos: reconocimiento del otro, los otros y reconstrucción de lo que somos y seremos. Por su extensión, el primer eje, mitos e identidades, y el cuarto eje, imagen y memoria en *Terra nostra*, irán cada uno en publicaciones diferentes.

Pensar América Latina desde la literatura exige pensar desde nuestras historias, realidades e imaginarios, a partir de nuestras voces, problemas y particulares circunstancias. ¿Cómo hacerlo? ¿Es posible hablar de

una literatura latinoamericana o es mejor hablar de una literatura universal? ¿Podemos pensar el fenómeno literario independiente o necesariamente exige vincularlo con la cultura occidental?

Para Guillén (1985), uno de los problemas de la literatura comparada es, precisamente, definir qué corresponde a lo local, lo nacional y lo universal. Existen varios críticos que han intentado responder a este interrogante, también varias teorías, como las americanistas, que encontraron eco en Arciniegas (1965) y Vasconcelos (1993), del oprimido desarrollada por Freire (1970), teoría de los subalternos de Gramsci (1975), ontologicistas como las estudiadas por Kush (1993), las de la liberación pensadas por Dussel (1985) y Zea (1988), el pensamiento decolonial por Moraña (2018) y varios pensadores más. En el ámbito literario, encontramos valiosos aportes teóricos y críticos como los de Fernández Retamar (1995), para quien en América Latina tenemos muchos aportes literarios para construir nuestra propia teoría, porque

[...] necesitamos pensar nuestra concreta realidad, señalar sus rasgos específicos, porque solo procediendo de esta manera, a lo largo y ancho del planeta, conoceremos lo que tenemos en común, detectaremos los vínculos reales, y podremos arribar un día a lo que será de veras la teoría general de la literatura general. (p. 221)

Lo anterior nos lleva a retomar la pregunta ¿quiénes somos en América Latina? Para Ribeiro (1993), si bien

ha predominado la lectura y el discurso etnocéntrico, esto ha ocurrido, precisamente, porque hace falta desarrollar nuestras propias teorías, nuestro propio pensamiento.

Esta carencia se debe principalmente a la falta de una teoría general explicativa del proceso de formación y transfiguración de los pueblos. Lo que ha ocupado el lugar de esta teoría son los relatos etnocéntricos de secuencias históricas —principalmente europeas— y apreciaciones eurocéntricas de los efectos del impacto de la civilización sobre poblaciones de ultramar. (p. 62)

Otro problema consiste en la voluntad de pensar desde el campo literario, lo cual exige una apertura de pensamiento que trascienda las fronteras de lo propiamente disciplinar, a favor de una mirada interdisciplinar, que sea capaz de intercambiar saberes y experiencias en beneficio de la construcción del ser latinoamericano. Pero esta tarea exige reconocer nuestras diferencias y también trascender la mirada colonialista, eurocéntrica o anglosajona; exige un margen de libertad y un compromiso de crear una cultura propia que tanto Martí (1891) como Bello (1948) tenían claro: la literatura expresa un nivel de consciencia y, por lo mismo, revela originalidad, independencia política y autonomía.

La literatura es la forma artística que nos distingue y representa, en ella está contenida América Latina y su pensamiento, en ella está la identidad plural que nos caracteriza, al igual que la soledad, el olvido y

la esperanza. Su papel es importante, porque no solo escribe nuestras historias, sino que también las imagina, las lee, las sueña, es capaz de incluir todas las voces, de reinventar los relatos predominantes. Este es, quizá, uno de los mayores logros de obras como *Terra nostra*.

¿Estamos frente a una obra que configura, como diría Ricoeur (1981), una historia verdadera? Sí y no. *Terra nostra* integra en la realidad histórica la realidad imaginaria; no se trata de mostrar el tiempo de los conquistadores y los conquistados, sino de indagar entre sus fronteras, porque Fuentes da cuenta de un sinnúmero de universos donde se conjuga la reflexión sobre las identidades: ¿universal, nacional, regional? Igualmente, aparece la compleja relación con los demás, porque ese otro no es solo el ser humano, es el ser diferente; gracias a él es posible el autoconocimiento y el reconocimiento de cada cultura y geografía. En la misma medida, la novela es una invitación a observar las imágenes que construimos: ellas cuentan historias de otra forma, la imagen nos increpa a escrutar en la memoria, en los signos recurrentes que caracterizan a los hombres, también en sus diversos sentires y puntos de vista. Pero al autor no le interesa solo observar, también toma partido para soñar y hacer soñar, porque, en últimas, se trata de reinventar a América Latina, ya no desde una historia de la dominación, sino desde una postura de liberación, creación y esperanza. ¿Hacia dónde vamos? ¿Qué queremos ser? Estas preguntas implícitas en su

obra nos convocan a arriesgar la solución frente a lo que somos y queremos ser.

Terra nostra se puede estudiar de infinitas maneras. Ella mira a todo el mundo; pero, más que reflejar, cuestiona, indaga los universos y los sujetos, la subjetividad del lenguaje; no existen fronteras, lo real es la misma novela, allí sucede el pensamiento humano que desvela sus grandezas y sus miserias. Hablan los vivos y los muertos: como en Juan Rulfo, Fuentes desea anticiparse a lo que vendrá; pero, si el autor de *Pedro Páramo* (1977) vaticina el derrumbe del patriarca, el segundo demuestra el caos del tiempo, el mestizaje y la decadencia de los grandes nombres e imperios, todo esto para llamar al lector a la reconstrucción de un hombre nuevo.

¿Pero podemos olvidar a nuestros fantasmas? ¿Será posible la paz si no se visibilizan nuestras víctimas de ayer, de ahora, de siempre? ¿Qué habría pasado con esa vida si no la hubieran truncado? ¿Qué destino hubiera tenido América Latina si no la hubieran colonizado y masacrado? Si bien las guerras de los pueblos por el poder económico y político parecen ser la historia fundadora de los hombres, también lo es el hecho de querer algo diferente. En el siglo XXI, nada literariamente resulta más esperanzador que la obra de Fuentes porque nos abre la posibilidad de cambiar. Cambiar la mirada, el pensamiento; estamos en un continente relativamente nuevo. *Terra nostra* es un viaje hacia adentro y hacia afuera, hacia el misterio que nos viene de la cábala y la tradición cristiana, hasta los mitos

prehispanicos, desde la narración de las grandes hazañas hasta las luchas internas de los hombres.

Terra nostra también permite dialogar con todas las obras del llamado *boom* latinoamericano. En ella, encontramos el barroquismo de *Paradiso*, de Lezama Lima; la crítica de nuestra particular soledad en *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez; la experimentación del lenguaje y la integración de varios mundos como lo hizo Julio Cortázar en *Rayuela*; el problema del poder tratado por Mario Vargas Llosa en *La ciudad y los perros*, etc. Y así podríamos seguir encontrando conexiones con las diversas formas de expresar y de pensar manifestadas en la literatura. Del mismo modo, la novela de Fuentes cuestiona la modernidad porque el pasado es presente. Es pertinente decir que en su novela también integra lo carnavalesco, tal como lo estudió Batjín (2003); los personajes se performan, cambian, habla Juana la Loca, la Celestina, don Quijote. El autor consigue poner en un mismo plano a todos sin importar las diferencias económicas o sociales; esta es su manera de criticar las absurdas divisiones entre los hombres. Y así como lo estudiara Guillén (1985), lo popular y lo diverso se entrecruzan; el mandato del pueblo es soberano también en los aspectos estéticos; los personajes populares se convierten en héroes; en su acontecer, se integran mitos, dioses, leyendas, sueños y un cuestionamiento de la llamada modernidad. En Fuentes, el problema de identidad habría que pensarlo de otra forma, no para repetir la historia dramática de los fantasmas que asume en su

novela *Aura*, sino para conocer y dignificar los antepasados; y fiel al espíritu de Honoré de Balzac, desde América Latina, desea conocer e incluir todo en la novela, porque, como lo considera Molina (2012):

Terra nostra podría leerse como una suerte de gigantesca reelaboración de *Aura*, publicada en 1962. Los personajes de *Terra nostra* están destinados a una sucesiva serie de reencarnaciones. Lo que en *Aura* es una estrategia para la escritura de un cuento fantástico —uno de los mejores de nuestras letras—, en *Terra nostra* se erige como un mecanismo de composición narrativa cuyos alcances, logros formales, aciertos narrativos, permanecen aún sin superar. Su ambición balzaciana, retratarlo todo, incluye también las dimensiones del sueño, del símbolo, de la noche. (p. 54)

Krauze (2011), para abordar los problemas latinoamericanos, considera que es un desacierto no apoyarse en la literatura, porque ella permite pensar en América Latina como un todo. Es gracias a poetas y novelistas que la concebimos en forma global, de tal manera que un ciudadano de un país tenga conocimiento del resto. ¿Por qué no valoramos lo que tenemos?

Terra nostra es una novela magna, una de las más ambiciosas y reconocidas del contexto literario latinoamericano. En ella, están contenidos cinco siglos de historia y de ficción, que se divide en tres grandes partes: “El viejo mundo”, “El nuevo mundo” y “El otro mundo”. La obra no invita solo a la contemplación de lo que es de por sí monumental, no solo por su extensión,

sino también por la inmensidad de temas y problemas tratados. Su autor, Carlos Fuentes, igual que Julio Cortázar en *Rayuela*, busca un lector activo, abre nuevos caminos que propician una inmensa reflexión sobre América Latina, sobre lo que somos, sobre lo heredado, sobre lo que vendrá.

Desde su publicación en 1975, *Terra nostra* fue reconocida como una obra maestra; existen un sinnúmero de investigaciones que dan cuenta de ello. Entre los primeros estudios encontramos, en México, “Composición de *Terra nostra*” (Sánchez MacGregor, 1976), que establece una relación comparatista entre Miguel de Cervantes y Fuentes, y propone un estudio desde el estructuralismo de Algirdas Julius Greimas. En este mismo año y país, Oviedo (1976) publica “*Terra nostra*: Sinfonía del Nuevo Mundo”, que resalta la característica enciclopédica de la novela. Posteriormente, la recepción de la obra trae estudios en diferentes partes del mundo, entre ellos los libros *El mito en la obra narrativa de Carlos Fuentes* (Ordiz, 1987); *Carlos Fuentes’s “Terra nostra” and the Kabbalah: The recreation of the Hispanic World* (Sheldon, 2003); *Los signos del laberinto: Terra nostra de Carlos Fuentes* (Vidaurre, 2004), y *Fuentes, Terra nostra, and the reconfiguration of latinoamerican cultura* (Abeyta, 2006). El primero descubre y analiza los mitos presentes en la obra del escritor mexicano; el segundo se centra en el misticismo judío y demuestra cómo la tradición cabalística contribuyó al desarrollo cultural de América Latina; el tercero alude a la recurrencia del signo del laberinto,

y el cuarto interpreta *Terra nostra* según los aportes de pensadores contemporáneos como Georges Bataille y Jacques Derrida, para profundizar en el tema del don, el sacrificio y la forma neobarroca.

Varios estudios coinciden en destacar la relación de la obra de Fuentes con la de Cervantes, y sostienen que en *Don Quijote* están las claves para interpretar el universo simbólico de su narrativa. Así, encontramos “Las lecturas del Quijote y su praxis narrativa en la obra de Carlos Fuentes” (Salazar Quintana, 2014), en que el autor encuentra una relación teórica, estética e ideológica, además de una particular forma de interpretar y recrear. En *Terra nostra*, se piensan problemas propios de América Latina, como la cultura hispana que heredamos, no solo a través de la lengua, sino también de la cultura. Asimismo, la novela reflexiona críticamente sobre las relaciones de poder y la conquista, el exilio, el problema de la tierra, las creencias, la geografía sin igual, el amor, la ciudad, los sueños, la restauración, etc. Con una extraordinaria lucidez, esta es una obra suma como la de Cervantes, y, en esta medida, es un inmenso museo de la realidad y la imaginación, porque en ella no solo se reconoce el carácter catártico y mimético de la literatura, sino también una forma de pensar que, necesariamente, trasciende la imitación para conducirnos a indagar el ser latinoamericano.

Sobre el pensar latinoamericano, encontramos varios escritores y obras emblemáticas. Por recordar algunas, *Nuestra América*, de Martí (1891), en la que es evidente el compromiso por una real y sustancial independencia;

a Paz, especialmente, *El laberinto de la soledad* (1990), en que cuestiona las bases de la cultura latinoamericana, las violencias de la Conquista y su apabullante soledad. En esta misma línea, otras obras maestras, como *Pedro Páramo* (1977) o *Cien años de soledad* (1967), *Las venas abiertas de América Latina* (2011), no fueron ajenas al compromiso de pensar desde nuestras particulares geografías, problemas e historias. Es posible afirmar que gran parte de la literatura latinoamericana revela el deseo de contribuir a la construcción de un pensamiento propio, y así conocer las obras que tratan sobre lo que somos es otra forma de descubrirnos y de “estar-siendo” latinoamericanos; tal como lo sostenía Kusch (1993), esta es la posibilidad de tejer nuestro horizonte para lograr ser auténticos.

Entre las publicaciones más recientes están *¿Qué significa pensar desde América Latina?* (Bautista, 2014), en que el autor intenta pensar desde América Latina no solo este territorio, sino la realidad mundial. Cuestiona la modernidad, la alienación, la razón instrumental. Sostiene que no se debería hablar de modernidad sino de transmodernidad, porque ya no se trata de tomar como punto de partida a Occidente, sino de incluir lo que ha estado negado y excluido. Esto requiere una ética de la liberación que no está exenta de dificultades.

El problema no es demostrar que el pensamiento latinoamericano es superior al europeo, sino construir un marco categorial que permita entender en la filosofía la especificidad del problema del subdesarrollo, la dependencia, la opresión, el colonialismo,

la miseria, la ignorancia, la negación, el sufrimiento y la exclusión, y para ello no bastaba (porque era insuficiente) el pensamiento y la filosofía europeos, porque no era, ni nunca fue, su problema.

De lo que se trataba era de construir un pensamiento, una ciencia social y una filosofía que fuesen capaces de pensar “desde” esta problemática propia en la que se debatía y se debate aún Latinoamérica y el tercer mundo, y para ello no bastaba con mirar solo hacia Latinoamérica, sino que hacía falta trascender el pensamiento y las filosofías europeas (de ahí el largo diálogo con esta tradición), porque en ese marco categorial se escondía y se ocultaba aquello que justificaba el porqué de nuestra opresión. (Bautista, 2014, pp. 25-26)

Frente a la carencia de un pensamiento propio que se ha buscado desde la tradición filosófica, es preciso no olvidar que, en América Latina, la literatura es una forma de libertad capaz de expresar no solo el pensamiento de un autor (tiempo, lugar, o lo que acontece), sino que tiene el poder de incluir a todos y todas las realidades. Por esto, va más allá del olvido o de la violencia que nos caracteriza, porque, aunque nuestros pueblos tengan en común el colonialismo, las dictaduras, los desaparecidos, el dolor, también es cierto que tenemos una gran riqueza por descubrir y valorar. Gracias a la literatura es posible reflexionar sobre lo que fuimos, somos y seremos, ocupar un lugar en el mundo, porque, como diría Marquínez Argote (1984),

a propósito de su estudio comparatista *Macondo somos todos: Una lectura de Cien años de soledad desde la Biblia*, ahora tenemos la posibilidad de pensarnos de otro modo, pensarnos ya no necesariamente desde el conflicto, porque el reto es no seguir repitiendo, como diría Foucault (1985), la historia de lo mismo, sino atrevernos a pensar lo impensado, analizar, por ejemplo, nuestros lenguajes, ideas, imágenes, sueños.

El escritor y su obra se convierten, entonces, en la fuente más fidedigna de la verdad de los pueblos; en las obras, está el germen del cambio, la crítica de la realidad, pero también la posibilidad de romper con la representación tradicional, para propiciar una lectura plural y dialógica de lo que es América Latina. En este sentido, la literatura es una oportunidad para reinventarnos, un camino para reconocer nuestras carencias y también una forma de reconocimiento y valoración de nuestra riqueza simbólica; por esto, obras como *Terra nostra* contribuyen a humanizar, a elevar el nivel de consciencia.

Como lo habíamos planteado, la obra literaria pertenece a la riqueza del mundo, no se limita a ningún tipo de frontera, su aspiración trasciende el concepto de *nación*; sin embargo, siempre tiene que ver con su contexto y su realidad. El legado de escritores como Fuentes es inmenso, porque en *Terra nostra* está expresada la multiculturalidad que caracteriza a América Latina; en esta obra están todas nuestras historias de grandeza, de poder, de colonialismo, las ideologías, los sueños, también lo singular, las formas populares

y excepcionales de nuestra cultura. Estudiarla implica establecer diversas relaciones con otras obras, temas, autores, la sociedad, las artes, etc.

Es pertinente señalar que, en lo macro, cada abordaje analítico de la obra de Fuentes está adscrito a lo que se considera literatura comparada, especialmente, a la relación de la literatura con las ideas, el pensamiento, las artes, la sociedad. Guillén (1985) señala que la literatura es una forma de conocimiento, desde ella es posible crear modelos de lo supranacional, es decir, de superación del concepto de *nación*; las obras contribuyen a desarrollar la experiencia crítica del hombre y su sociedad, el fenómeno poético conduce a lo esencial. Por un lado, es corriente la existencia de fenómenos artísticos que remitan a la cultura nacional, y, por otro, se encuentra lo diferente; se pueden hallar lugares y hechos comunes y otros divergentes e independientes.

En *Terra nostra*, están varios lugares e historias comunes propios de América Latina, que se pueden entender como formas de pensamiento; es posible distinguir pensamientos que nos identifican y otros que cuestionan nuestro lugar en el mundo, saber que van en aumento, porque, precisamente, es el lector el que aporta para elevar la consciencia humana desde su comprensión e interpretación de la obra literaria. Surge, además, el problema de la universalidad, de lo internacional; el camino analítico es, por tanto, amplio, múltiple.

Como consecuencia de lo anterior, tal como lo afirma Jaramillo (2011): “Creo necesario reconocer la literatura, más allá de un campo estético, como una forma privilegiada del conocimiento de la condición humana y de la realidad” (p. 62). Una forma de pensamiento que excede lo propiamente literario o político, porque es capaz de asumir todas las ideas, el problema y la imaginación de los hombres. En este sentido, la literatura es capaz de traducir todo lo existente, y, en el caso de *Terra nostra*, abre vías para entender y re-imaginar a América Latina; la novela de Fuentes tiene la capacidad de hacer visibles formas de pensamiento silenciadas por el peso de la historia colonial.

Para Wellek y Warren (1985), el estudio de la literatura no se limita a “grandes libros”, tampoco a su relación con la historia, el hombre, la llamada civilización, sino que su función es aún más grande, posee un valor intelectual y estético que requiere asumir teoría, historia y crítica. Para ello, consideran necesario proponer unos principios teóricos que den cuenta del lenguaje poético a estudiar. Esta investigación está en consonancia con tal visión y con la de Llovet (2012), para quien es relevante destacar la función social, colectiva y ritual de la literatura, y, por ello, se asume el problema del pensar América Latina desde el sujeto y la subjetividad que intervienen en temas concretos como el mito y la identidad, el reconocimiento del otro, la imagen y la memoria, y lo que somos y lo que seremos, porque, como lo afirmaba Guillén (1985), en los estudios comparatistas, “tema en la práctica se vuelve

sinónimo de ‘tema significativo’ y sobre todo de ‘tema estructurador’ o ‘tema incitador’” (p. 249). Por tanto, la función de la obra literaria, además de ser estética y del lenguaje, es, en esta investigación, crear consciencia, producir pensamiento.

Pensar América Latina desde *Terra nostra* es pensarla desde su composición artística, cultural, filosófica, política, dialógicamente; en este caso, desde los aportes interdisciplinarios y artísticos, desde sus narraciones que nos remiten a hechos reales y ficticios, desde sus temas y problemas; es involucrarnos como lectores, investigadores, teóricos y críticos para extraer de ella un pensamiento que nos identifique y contribuya a la construcción del ideal latinoamericano.

Según lo anterior, el sustento teórico se delimita a los ejes temáticos y las relaciones que se examinan a continuación.

Relación con los otros

Esta sección aborda la manera de entender cómo el “sí mismo” del ser latinoamericano se ha configurado a partir de un autorreconocimiento y del reconocimiento del otro. ¿Cómo construimos en América Latina nuestras identidades? ¿A partir de qué relaciones con el otro? ¿Cómo fueron las relaciones entre conquistador y conquistado? Los estudios sobre el otro comienzan a tener mayor importancia para los estudios literarios gracias a los aportes de Batjin (2015):

Es posible una combinación bilateral del mundo y del hombre: intrínsecamente en cuanto su horizonte (*kru-gozor*), desde el exterior como su entorno (*okruzhenie*). Al interior de mí mismo, en el contexto axiológico y significativo de mi vida, la cosa se me contrapone en cuanto objeto de mi orientación existencial (ética, cognitiva y práctica), siendo un elemento del abierto acontecimiento del ser, total y único, en el cual yo, como obligadamente interesado en su solución, participo. (p. 101)

El sujeto en el teórico ruso constituye, esencialmente, un acto ético; las relaciones con uno mismo y con el otro las concibe como relaciones de consciencia propia y de los demás; en el ámbito literario significaría establecer relaciones entre lo que es considerado propio y lo extranjero. La participación del otro y la relación con él contribuyen a ser y estar en el mundo. Este trasfondo filosófico, ético y existencial posibilita el dialogismo y la intertextualidad que son formas de alteridad, experiencias que en el universo literario configuran su polifonía.

Más cercano en el tiempo y en el contexto, Todorov (1987) analiza lo que significó el encuentro de dos mundos, América y Europa; desde una perspectiva historiográfica, reflexiona en torno al otro que anuncia la búsqueda de un pasado y la construcción de un presente, el impacto de la Conquista y el llamado Descubrimiento. Al referirse a Hernán Cortés, afirma:

Uno puede descubrir a los otros en uno mismo, darse cuenta de que no somos una sustancia homogénea, y radicalmente extraña a todo lo que es uno mismo: yo es otro. Pero los otros también son yos: Sujetos como yo, que solo mi punto de vista, para el cual todos están allí y solo yo estoy aquí, separa y distingue verdaderamente de mí. Puedo concebir a esos otros como una abstracción, como una instancia de la configuración psíquica de todo individuo, como el Otro, el otro y otro en relación con el yo, o bien como un grupo social concreto al que nosotros no pertenecemos. (p. 13)

Las relaciones con el otro abren el campo del autoconocimiento gracias al otro, semejante y diferente a la vez. Habría que preguntar, tal como lo afirmara Paz (1994), si aún somos hijos de la Malinche.

Lo que somos y lo que seremos

En este macroproyecto de Pensar América Latina desde la literatura, acordamos necesario reconstruir lo que somos e imaginar lo que seremos, tarea que se irá delimitando en cada texto abordado. Esta es una gran oportunidad y un gran reto, pero ¿cómo lo haremos?, ¿desde qué horizonte partir?, ¿de dónde venimos?, ¿quiénes somos?, ¿hacia dónde vamos?

También es un gran compromiso, porque, como seres latinoamericanos, deseamos contribuir a la construcción de un pensamiento propio, deseo que no es nuevo y hace parte del ideal romántico independista que se puede percibir desde el discurso de Angostura,

en la reconocida carta de Jamaica escrita por Simón Bolívar en 1815, en que nos insta a reconocer que no somos europeos, ni indios, sino una simbiosis de las dos culturas. En este aspecto, nos damos cuenta, como lo diría Arriagada-Kehl (2002), de que también es necesario “despensar” lo que somos, lo cual es posible gracias a la literatura.

Para hablar de América Latina, es pertinente comenzar por el cuestionamiento sugerido por Martí (1891), iniciando por el nombre que nos designa, que está influido por un contexto colonial europeo. En este sentido, es necesario incluir nuestras herencias precolombinas, africanas, hispánicas, porque existe un amplio pasado que nos caracteriza; América está conformada por muchas culturas y lugares; por eso, Reyes (1936) acertó al considerar equívoco hablar de cultura americana. Para García Canclini (1990), es pertinente reconocer nuestra hibridación. En este mismo sentir, Ospina (1998) afirma que es apropiado reconocernos como “América mestiza”, lo que implica asumir nuestra diversidad; entonces, es pertinente pensar-nos desde nuestra diferencia y distanciarnos de la mirada centralista.

En esta búsqueda del ser latinoamericano, nuestra literatura abre caminos de reflexión y posibilita nuestro reconocimiento y reconstrucción crítica y creativa, porque, sin olvidar lo local, es posible lograr ser universales. En este sentido, tiene el poder de dar la voz a historias y personajes silenciados, y desde esa inclusión reconoceremos lo que somos. A propósito de esta

idea, para Rama (2008), la literatura tiene principios modeladores que es pertinente tener presente: la originalidad, la representatividad y la independencia. La tarea es ardua, se trata de re-imaginarnos y, para ello, en este estudio, obras como *Terra nostra*, sin duda, contribuyen al despertar de una verdadera consciencia y pensamiento latinoamericano.

Referencias

- Abeyta, M. (2006). *Fuentes, Terra Nostra, and the reconfiguration of latin american culture*. University of Missouri Press.
- Arriagada-Kehl, E. (2002). Caminos para pensar Latinoamérica. *Logos: Revista de Lingüística, Filosofía y Literatura*, 12, 75-115.
- Bello, A. (1848). *Cosmografía o descripción del universo conforme a los últimos descubrimientos*. Santiago de Chile: Imprenta de La Opinión.
- Bajtin, M. (2015). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Alianza.
- Bautista, J. J. (2014). ¿Qué significa pensar desde América Latina? Akal.
- Dussel, E. (1985). *Filosofía de la liberación*. La Aurora.
- Fernández Retamar, R. (1995). *Para el perfil definitivo del hombre* (2.ª ed.). La Habana.
- Foucault, M. (1985). *Las palabras y las cosas* (Elsa Cecilia Frost, trad.). Planeta-Agostini.
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Herder y Herder.
- Fuentes, C. (1975). *Terra nostra*. Joaquín Mortiz.
- Fuentes, C. (1991). *Ceremonias del alba*. Mondadori.

- Fuentes, C. (1992). *Cervantes o la crítica de la lectura*. Joaquín Mortiz.
- Fuentes, C. (1992). *Ceremonias del alba*. Mondadori.
- Fuentes, C. (1998). *El espejo enterrado*. Taurus.
- Fuentes, C. (2003). *Terra nostra*. Seix Barral.
- Fuentes, C. (2016). *Terra nostra*. Fondo de Cultura Económica.
- Fuentes, C. (2018). *Terra nostra*. Alfaguara.
- García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo.
- Gramsci, A. (1975). *Quaderni dal carcere: Cuaderno 1*. Istituto Gramsci.
- Guillén, C. (1985). *Entre lo uno y lo diverso*. Crítica.
- Jaramillo Morales, A. (2011). La literatura comparada y las vanguardias: Nuevas formas de pensamiento y viejos modelos silenciados. En P. Simonson (Ed.), *Variaciones: Seis ensayos de literatura comparada* (pp. 57-86). Universidad Nacional de Colombia.
- Krauze, E. (2011). *Redentores: Ideas y poder en América Latina*. Random House.
- Kusch, R. (1993). El “estar siendo” como estructura existencial y como decisión cultural americana. En *Antropología latinoamericana*. El Búho.
- Llovet, J. (2005). *Teoría literaria y literatura comparada*. Planeta.
- Marquín, G. (1984). *Macondo somos todos: Una lectura de Cien años de soledad desde la Biblia*. El Búho.
- Martí, J. (1891). *Nuestra América. El Partido Liberal*.
- Molina, M. (2008). *Terra nostra: La enfermedad del tiempo*. *Revista de la Universidad de México*, 58, 61-63.

- Ospina, W. (1998). En busca de América Latina. *Cambio* 16, 242, 36-37.
- Ordiz, F. J. (1987). El mito en la obra narrativa de Carlos Fuentes. Universidad de León.
- Oviedo, J. M. (1976). *Terra nostra: Sinfonía del Nuevo Mundo. Texto Crítico*, 5, 64-87. <https://cdigital.uv.mx/bitstream/handle/123456789/7262/19765P64.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Paz, O. (1994). *El arco y la lira*. Fondo de Cultura Económica.
- Rama, Á. (2008). *Transculturación narrativa en América Latina*. El Adariego.
- Reyes, A. (1936). *Notas sobre la inteligencia americana*. <https://ensayistas.org/antologia/xxa/reyes/>
- Ribeiro, D. (1993). La cultura latinoamericana. En *Antropología latinoamericana*. El Búho.
- Ricoeur, P. (1981). *Discurso filosófico y hermeneusis*. Anthropos.
- Salazar, L. C. (2014). Las lecturas del Quijote y su praxis narrativa en la obra de Carlos Fuentes. *Castilla: Estudios de Literatura*, 5, 86-100. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4947095>
- Sánchez MacGregor, J. (1976). Composición de *Terra nostra*. *Anuario de Letras: Lingüística y Filología*, 14, 255-270. <https://revistas-filologicas.unam.mx/anuario-letras/index.php/al/article/view/370>
- Vasconcelos, J. (1958). *La raza cósmica: Misión de la raza iberoamericana*. Agencia Mundial de Librería. <https://biblioteca.org.ar/libros/1289.pdf>
- Vidaurre, C. (2004). *Los signos del laberinto: Terra nostra de Carlos Fuentes*. Universidad de Guadalupe.

Wellek, R. y Warren, A. (1985). *Teoría literaria* (J. M. Gimeno, trad.). Gredos.

Zea, L. (1988). *Discurso desde la marginación y la barbarie*. Anthropos.

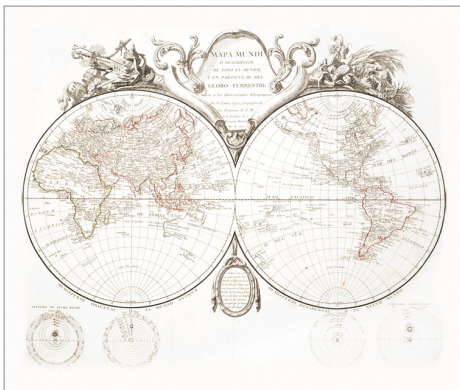
Terra nostra: relación con los otros

Jorge Iván Parra Londoño

*El ojo que ves,
no es ojo porque te ve.*

ANTONIO MACHADO

Figura 2. Mapa del viejo mundo



Fuente: https://www.cervantesvirtual.com/portales/viajeros_espanoles/imagenes_planos/imagen/imagenes_planos_06-mapamundi_de_tomas_lopez_de_1771/

**¿Cómo los latinoamericanos
construimos nuestras identidades
a partir de la relación con los otros?**

La construcción de nuestras identidades, independiente de si somos conscientes de ellas o no, de si las aceptamos o no, comenzó, ni siquiera con la llegada de Colón, sino veintisiete años después, en 1519 (un Viernes Santo), cuando el conquistador español Hernán Cortés, quien venía huyendo de la sentencia de muerte de otro conquistador, Diego Velázquez, desembarcó en las costas de cabo Catoche, hoy Veracruz, con poco cerca de 600 hombres, 16 caballos y 14 piezas de artillería. Motivo de este acontecimiento es el dicho “quemar las naves”, puesto que eso es lo que se supone y se repite que ordenó Cortés a sus soldados, para evitar que se le amotinaran y tuvieran cómo regresar después. No parece plausible que un hombre que sabía, según Todorov (1987), emplear los signos, cometiera la imprudencia de provocar un incendio, y así delatar su presencia en un lugar donde jugaba de visitante. Lo más sensato era (y, en realidad, así tuvo que haber sucedido) barrenar las naves, hundirlas sin ningún estrépito, ni bulla. Por si sí o por si no, Cortés fue previsivo y acertaba, pues, que lo vieron, lo vieron, y así se inició la relación del conquistador con quien iba a ser conquistado, es decir, con el otro.

¿A dónde iría a parar la expedición de este puñado de españoles meses después? Nada menos que a la

ciudad más antigua y fantástica del mundo, al mismísimo “ombligo de la luna”.

El centro del valle de México, donde se situaba la gran Tenochitlán, era, en realidad, un increíble sistema lacustre. Por ello, dice una canción ranchera de Jorge Negrete: “Guadalajara en un llano, México en una laguna”. Las dos últimas escalas de Cortés antes de alcanzar el valle fueron Tlaxcala y Cholula, y antes de llegar a Ixtapalapa, en la recta final, tuvo que atravesar, tal vez por un canal que los divide, los lagos Chalco y Xochimilco. No podríamos imaginar cómo habrá sido el deslumbramiento al divisar la maravillosa Tenochitlán, una ciudad a la medida de la fantasía de los seguidores de Amadís.

Eran numerosos poblados sobre islas comunicadas con la costa por calzadas a orillas de lo que parecía un mar de azul intenso. Las construcciones eran en piedra reluciente, con majestuosas pirámides de colores a cuyos lados serpenteaban los canales por donde trasegaban, como si de transporte público se tratara, montones de canoas que, gracias a la pericia de las bogas, no se estrellaban entre sí. Dos siglos de intenso desarrollo desde que fue fundada sobre el lago Tetzaco tenía la ciudad, en cuyo corazón de cribada belleza se encontraba el Templo Mayor. A pocas jornadas de haber dejado Veracruz, Cortés ya tenía noticia del gran complejo y de su emperador indio. Así, lo consignó en su diario:

Una grandísima provincia muy rica, llamada culúa, en la cual hay muy grandes ciudades, de maravillosos edificios y de grandes tratos y riquezas, entre las cuales hay una más maravillosa y rica que todas, llamada Tenvxtitlán, que está por maravilloso arte, edificada sobre una grande laguna, de la cual ciudad y provincia es rey un grandísimo señor llamado Mutezuma. (De Gayangos, 1866)

La ciudad que hizo saber a los españoles que la realidad no es más que el residuo de lo posible, a la que descendieron después de una penosa travesía por sierras heladas y neblinosas, era toda una metrópoli de la que solo es posible hacerse una idea por mor de pinturas o grabados y una maqueta que se exhibe en un museo de México. Lo demás es imaginación y conjetura nuestra, que también cuenta.

Tenochitlán, sobre cuyas ruinas y recuerdos han tenido lugar juegos olímpicos, mundiales de fútbol, conciertos multitudinarios y hasta una masacre perpetrada por el demente presidente Díaz Ordaz, fue fundada en 1325 por los mexicas que huían de Culhuacán tras haber sacrificado a la hija del tlatoani Achitometl. En realidad, existen dos versiones sobre el origen de su nombre. Una, que proviene de Tenoch, legendario caudillo que guió a los mexicas hasta allí. Otra, un poco más literaria, que la peregrinación azteca llegaría a su final cuando llegaran al lugar donde se toparan con un nopal sobre el que una serpiente estuviera siendo devorada por un águila. Cumplida la profecía en ese islote, vinieron a llamar a la ciudad Tenochitlán, que, en

lengua nahua, significa sitio del nopal. Por aquello de la imagen del águila y la serpiente en la bandera mexicana y también por lo de la serpiente emplumada, esta segunda versión es la que mejor calza. Sea como fuere, cabe conjeturar que Pedro de Alvarado, Jerónimo de Aguilar y los centenares de hombres llegados allí con el intrépido Cortés, al entrar en la ciudad y contemplarla, debieron haberse sentido cada uno como dentro de las páginas del *Amadís de Gaula*.

¿Y cómo era aquello de los altares y los sacrificios, y todo eso referido en historiografías y relatos? Si los dioses nos crearon con su sacrificio, con el nuestro habremos de honrarlo. En el albor de los tiempos, ellos se reunieron alrededor de una fogata, a la cual uno debería lanzarse.

Lo hizo un enano encuerado y cubierto de bubas que resucitó después convertido en el sol. Otro dios bonito y orlado de collares, aretes y pulseras, al ver el resultado del sacrificio del dios enano, también se lanzó y después resucitó con la forma de la luna. Los aztecas, como muchas comunidades del mundo, entendieron que sin sacrificios no era posible mantener el cosmos. Sin sacrificio no hay sol ni vida, y así la sangre y los corazones arrancados aún palpitantes, comúnmente de prisioneros capturados en otras tribus, eran ofrendados a las fuerzas del universo, desde un altar de sacrificios.

Qué lejos estaba “El viejo mundo” de imaginar siquiera lo que ocurría en la ciudad maravillosa, de la que hoy solo quedan las ruinas del Templo Mayor, emergidas,

paradójicamente, al lado de la catedral que se hunde por el peso de las mismas piedras de los templos antiguos. Es una especie de venganza de los muertos, del mundo arrasado por la Conquista, del mito, tal como ocurre en el cuento de Carlos Fuentes *Chac Mool*.

España era a la sazón el imperio donde no podía ocultarse el sol, porque su rey belfo y trotamundos tenía dominios en todas partes. Hacía apenas tres décadas que su siniestra abuela había expulsado a todos los judíos y domeñado a los moros. Las mismas tres décadas que tenía de publicada la primera gramática española, y tenía de descubierto “El nuevo mundo”. Cervantes aún no había nacido y ya había sido dada a la imprenta *La Celestina*, obra con la que se inicia lo que denominamos el Siglo de Oro.

Carlos V era hijo de Felipe I y Juana la Loca, quien lo parió en una letrina. Nieto, entonces, de los Reyes Católicos, como monarca, ostentó tanto poder y tuvo tanto peso histórico como Carlomagno o como un faraón. Era dizque amable y gallardo, lo que le granjeó la simpatía y la confianza de todos los que le sirvieron. Una plausible etopeya de este emperador no puede soslayar su carácter taciturno y hábil en política; acosado siempre por las deudas, menos fanático religioso que su sucesor y menos intolerante de lo que se cree. Tampoco cabría dejar de lado que era entrenado en la lidia con papas, reyes, amigos y enemigos, ni que supo desprenderse del poder a tiempo para (en los últimos diecinueve meses de su vida) dejar de ser emperador para no ser más que un hombre. En esa

instancia, viviendo cual jubilado en el monasterio de Yuste, sufrió de gota y, cuando mucho, conservaba siete piezas dentales. Lo de “trotamundos” es más bien fácil de entender: durante su matrimonio con Isabel de Portugal, anduvo fuera de España casi seis años y, producto de una de sus correrías (en Ratisbona), fue el hijo que tuvo con Barbara Blomberg, Jeromín, es decir, el futuro Juan de Austria. Quede dicho al pasar que el novelista venezolano Arturo Uslar Pietri hizo de este héroe de la cristiandad el protagonista de su novela *La visita en el tiempo*.

La vida de Carlos V, quien en 1556 abdicó en favor de su hijo Felipe los reinos y dominios de España, Países Bajos, Indias, Sicilia, Nápoles y Milán, bien podría servir de ejemplo de que ser poderoso y mantener el poder no es nada envidiable. Uno de sus mejores biógrafos, Royall Tyler, nos presenta así el final del hombre más poderoso del mundo en su época:

La gota del Emperador se agravaba. Los baños, dos diarios a veces, le daban alivio y le restituían el apetito. Las sangrías ayudaban, y el exceso causó otro ataque. Pero la causa inmediata de la muerte de Carlos fue una fiebre que le entró después de comer en una terraza cubierta batida fuertemente por el sol, el 30 de agosto, y el haberse enfriado a la noche siguiente por haber dormido, como solía, con puertas y ventanas abiertas. El calor había sido grande durante unas semanas, y por los alrededores existía una enfermedad contagiosa. Hasta entonces él había tenido fiebre, pero solo por la gota. Esta vez la fiebre tenía otro origen y seguía

otra marcha. Después de tres semanas de intensos sufrimientos, el Emperador murió a las dos de la madrugada del 21 de septiembre de 1558. (Tyler, 1987, p. 210)

Si bien es cierto que el rey español protagonista de *Terra nostra* es Felipe II, es decir, el hijo de Carlos, dicho personaje protagonista, denominado en la novela el Señor, tiene como insumo a los dos reyes. Felipe es una de las figuras más llamativas de toda la Historia, se diría que novelable como la que más, un verdadero *round character*, como se suele distinguir en teorías de la novela a los personajes complejos. Su ambición, su capacidad para conspirar, su soledad, su superstición casi demente, su inflexibilidad, sus aficiones de coleccionista, su persistencia para sostener un sí o un no. Agreguemos su aire de misterio y una imponente que contrastaba con su sencillez y austeridad. Su oficina donde despachaba y firmaba arrumes de documentos tenía menos que la de un notario de pueblo.

Felipe II fue un retrógrado y un fanático (asistió por lo menos a tres autos de fe) que supo luchar contra las adversidades de su época y que fue tan vencedor como vencido. Despierta tanta admiración como aversión y compasión; para él, era imposible pasar desapercibido. Su presencia, así como la de su padre y la de Juan de Austria, es capítulo aparte en el devenir histórico. El mundo no hubiera sido el mismo sin ellos... al menos el mundo occidental. Razón tienen Schiller, Verdi, Uslar Pietri, Delibes y, por supuesto, Fuentes, en sacar de su vida y su época materia tan rica para el arte.

El final que Fuentes le da en su novela se ajusta completamente a la realidad. Para comprobarlo, baste leer la narración que hace su biógrafo Geoffrey Parker:

Después de un periodo corto de relativa recuperación, se vio obligado el 22 de julio a yacer sobre una cama en su diminuto estudio en El Escorial y permanecer allí durante cincuenta y tres días, sin poder moverse y sin poder aguantar que le tocasen, ya que su cuerpo estaba completamente llagado. Aunque a causa del dolor y la fiebre permanecía en un estado de semiconsciencia durante gran parte del tiempo y aunque dormía mucho, el rey era presa de grandes sufrimientos [...] En esas condiciones, que le hicieron comprender que los reyes también son mortales, Felipe II realizó sus últimos preparativos para la muerte. Tenía a su lado la disciplina de Carlos V (que todavía conservaba restos de la sangre del emperador); también tenía el crucifijo, hasta por qué puerta le habían de sacar y por cuál meter, que no parece que iba a morir que habían sostenido tanto su padre como su madre al morir; hizo traer a su lecho su ataúd, y estaba rodeado de las inapreciables reliquias sagradas que había coleccionado a lo largo de su vida. En sus momentos lúcidos invitaba a su predicador favorito, Francisco Terrones, a instruirle, solo, a su cabecera (Terrones no olvidó nunca estos momentos aterradores, cara a cara y solo con su señor temporal terrenal), e hizo preparativos para su propio funeral con Terrones y los monjes de El Escorial, sin descuidar el más mínimo detalle: [...] Según su confesor, siempre había rogado para estar plenamente consciente durante los últimos momentos de su

vida. Cuando despertó de su último coma, en la madrugada del 13 de septiembre, dándose cuenta de que la muerte estaba cerca y que su ruego le había sido concedido, sonrió y pareció jubiloso. Agarró firmemente el crucifijo de sus padres y, con los ojos abiertos, sintió cómo su vida se apagaba gradualmente. (Parker, 1996, p. 259)

Su fanatismo manifiesto en el empeño por no reconocer al otro, su absoluta negación de lo distinto fue tal que prefirió una agonía atroz antes que ser atendido por un médico que no fuera cristiano (entendamos que a la sazón los mejores médicos eran, ora árabes, ora judíos). Así lo deja ver Fuentes en su novela, en el capítulo titulado “Réquiem”:

Exhausto, accedió a que el Día de la Transfiguración del Señor le abrieran la postema. Acudieron a atenderle el licenciado Antonio Saura, cirujano de Cuenca, ayudado por un médico de Madrid y fraile jerónimo llamado Santiago de Baena, pues no quería el Señor que solo manos seglares lo curasen, por no saberse nunca si en realidad eran de marrano converso, sino que ojos divinos atestiguasen cuanto las manos hacían. (Fuentes, 1975, p. 748)

El podrirse y morir del Prudente ocurrió en 1568, es decir, diez años después del estruendoso fracaso de su Armada Invencible frente a las costas de la “pérfida Albión”; veintisiete años después del triunfo en la batalla de Lepanto (gracias y solo gracias a su hermanastro), un siglo larguito después de la fecha

crucial para la historia de España. El año 1492 fue el año en que se publicó la primera gramática de nuestra lengua (la primera de las lenguas occidentales), fue el año del descubrimiento de América y fue el año en que la bisabuela de Felipe II, la reina Trastámara, cuyo gallardete anunciaba “Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando”, provocó la diáspora e inició la tradición de negar al otro y a lo otro, mediante este edicto promulgado en marzo, cuya elocuencia hace que cualquier comentario quede sobrando:

Bien sabedes o deudes saber que porque nos fuemos ynformados que en nuestros reynos auia algunos malos cristianos que judaysauan e apostatauan de nuestra santa fe católica, de lo qual era mucha causa de comunicaçión de los judíos con los cristianos; en las cortes que hesimos en la çibdad de Toledo en el año pasado de mil e quatroçientos e ochenta mandamos apartar a los dichos judios en todas las çibdades, villas e lugares de los nuestros reynos e sennorios e dellas juderías e lugares apartados donde biuyesen, esperando que con su apartamiento se remediaria, e otrosy ouyimos procurado e dado horden como se hiziese ynquisiçion en los dichos nuestros reynos e sennorios, la qual como sabeys, ha mas de doce años que se ha fecho e fase, e por ella se han fallado muchos culpantes segund es notorio e segund somos ynformados de los inquisidores e de otras muchas personas religiosas e eclesyasticas e seglares, consta e parece el grand danno que a los cristianos se ha seguido y sigue con la praticaçion, conversaçion, comunicaçion, que han tenido e

tienen con los judios, los cuales se prueua que procuran siempre por quantas vías e maneras pueden de subuertir e substraer de nuestra santa fe católica a los fieles cristianos e los apartan della e traer e pervertir a su dannada crençia e opinión instruyéndolos en las çeremonias e obseruançias de su ley, hasiendo ayuntamientos donde les lee e ensennan lo que han de creer e guardar según su ley, procurando e çircunçidar a ellos e a sus fijos, dandoles libros por donde rezasen sus oraçiones e declarandoles los ayunos que han de ayunar e juntándose con ellos a leer e a ensennarles las estorias de su ley, notyficandoles las pascuas antes de que vengán, avisándoles de lo que en ellas han de guardar e hacer, dándoles e leuandoles de su casa el pan çençenno e carnes muertas con çerimonias, ynstruyendoles de las cosas que se han de apartar, asy en los comerres como en las otras cosas por la obseruancia de su ley ni verdad saluo aquella, lo cual consta por muchos dichos e confisiones asy de los mismos judíos como de los que fueron peruertidos y engannados por ellos, lo quale ha redundado en gran danno, detrimento e oprobio de nustar santa fe católica. Por ende nos con el consejo e parecer de algunos prelados e grandes caualleros de nuestros reynos e de otras personas de çiençia e conçiençia de nuestro consejo aviendo auido sobre ello mucha deliberaçion, acordamos mandar salir todos los dichos judíos e judías de nuestros reynos e que jamás tornen ni bueluan a ellos ni algunos dellos. Y sobre ellos mandamos dar esta nuestra carta por la cual mandamos a todos los judíos e judías de cualquier hedad que sean de biuen e moran e están en los dichos nuestros reynos e sennorios, asy los naturales

dellos como los no naturales que en cualquier manera e por cualquier cabsa ayan venido e están con ellos, que fasta en fin del mes de julio primero que viene deste presente año, salgan de todos los dichos nuestros reynos con sus fijos e fijas e criados e criadas e familiares judíos [incurran en pena de muerte e confiscación de todos sus bienes para nuestra cámara e fisco, en las cuales penas incurran por ese mismo fecho e derecho syn otro proçeso, sentençia ni declaración. (Toledo, 2002, p. 69)

En esas estaba España cuando se inició el mayor periodo de florecimiento y esplendor que acaso haya conocido lengua alguna, el Siglo de Oro, que, en realidad, no fue uno sino dos, porque se extendió desde 1499, año de publicación de *La Celestina* (como ya se dijo), hasta 1681, año que se tiene como referencia de cierre por ser el de la muerte de Pedro Calderón de la Barca. Este periodo, que literariamente se divide en Renacimiento y Barroco, y que filosóficamente se caracterizó por una especie de erasmismo, transcurrió, entonces, bajo los reinados de Felipe I (entre 1504 y 1506), Carlos V de Alemania y Carlos I de España (entre 1512 y 1556), Felipe II (entre 1556 y 1598), Felipe III (entre 1598 y 1621), Felipe IV, el que aparece reflejado en un espejo en *Las meninas*, de Velázquez (entre 1621 y 1665), y Carlos II, llamado el Hechizado, porque sobre él cayeron las consecuencias de tanto incesto (desde 1665 hasta 1700). Todos estos reyes, pertenecientes a la dinastía o casa de los Habsburgo, son personajes de *Terra nostra*, pero no aparecen individualizados, sino que están amalgamados en la

figura del Señor, cuya voz cantante la tiene, evidentemente, Felipe II.

De esa época, recoge Fuentes casi todos los referentes para su novela; es de la literatura del Sigo de Oro que provienen los tres grandes mitos e imaginarios de la cultura española, los tres personajes emblemáticos (solo falta el *Mío Cid*, que está varios siglos atrás) que operan como metonimia y que juntos dan la generalidad del temperamento español, a saber: la Celestina, don Juan, cuya fuente original es *El burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina, y don Quijote, todos incluidos en las páginas de *Terra nostra*.

***Terra nostra* y nuestra relación con los otros y la de España con lo otro**

Ilustrado quedó mediante la citación del edicto promulgado por los Reyes Católicos en marzo de 1492 la forma en que, de plano y sin ambages, se negó al otro y a lo otro, y a los otros.

Ahora veremos cómo Fuentes en su novela y otras obras que la complementan aborda los hechos a resultados de la promulgación del citado edicto y del descubrimiento del Nuevo Mundo. Empezaremos por mostrar el sitio que la novela ocupa en el architexto, es decir, en el conjunto de la obra del autor, para luego navegar en sus páginas.

En entrevista concedida a Raymond Williams en Los Ángeles, California, en abril de 1994, Fuentes explica la génesis de *la edad del tiempo*, proyecto que se concebía a guisa del de Balzac, *la comedia humana*:

Williams. La primera vez que vi *la edad del tiempo* fue en la edición en español de *Cristóbal Nonato*. En ella diste a conocer 12 de los 14 ciclos que presentas en la edición en español de *El naranjo*. ¿El de *Cristóbal Nonato* fue su primer anuncio?

Fuentes. Creo que sí, pues supongo que escribí por vez primera el proyecto en 1981, en el Dartmouth College. Estaba escribiendo *Cristóbal Nonato* cuando agrupé todas mis novelas en forma más o menos orgánica y articulada.

Williams. ¿Recuerdas, por casualidad, la fecha en que concebiste la idea de *la edad del tiempo*?

Fuentes. Enero de 1981.

Williams. Entonces comenzaste a pensar acerca de tu ciclo hace bastante tiempo.

Fuentes. Hace 14 años. ¿No? Y quizá los libros experimentan, en varias ocasiones, una metamorfosis, cambian su posición como una constelación de estrella móviles, mudando de lugar.

Williams. Igual que los personajes de tus novelas, que se encuentran en continuo proceso de transformación. No es muy común que los novelistas tengan una visión tan totalizadora de su obra completa.

Fuentes. Muy balzaciana. ¿O no? He leído a Balzac desde que era joven. Siempre ha sido mi maestro, un maestro de buenos modales y, ocasionalmente, de malos. (Williams, 1998, p. 197)

Terra nostra y el proyecto *la edad del tiempo*:

- El mal del tiempo 1. Aura 2. Cumpleaños 3. Una familia lejana

- *Terra nostra* (tiempo de fundaciones)
- El tiempo romántico 1. La campaña 2. La novia muerta 3. El baile del centenario
- El tiempo revolucionario 1. Gringo viejo 2. Emiliano en Chinameca
- La región más transparente
- La muerte de Artemio Cruz
- Los años con Laura Díaz
- Dos educaciones 1. Las buenas conciencias 2. Zona sagrada
- Los días enmascarados 1. Los días enmascarados 2. Cantar de ciegos 3. Agua quemada. 4. Constancia
- El tiempo político 1. La cabeza de la hidra 2. El rey de México, o el que se mueva no sale en la foto
- Cambio de piel
- *Cristóbal Nonato*
- Crónicas de nuestro tiempo 1. Diana, o la cazadora solitaria 2. Aquiles, o el guerrillero y el asesino 3. Prometeo, o el precio de la libertad
- El naranjo

La primera parte de *Terra nostra* (1975) trata sobre “El viejo mundo” y consta de 59 capítulos. En ellos, el protagonista (que lo vuelve a ser en la tercera parte) es el rey Felipe II. Es necesario advertir de una vez que Fuentes distorsiona (o juega con) los parentescos de la familia real; altera su genealogía, tal vez como un prurito de mostrarle al lector que no ha escrito un libro de Historia, sino una novela histórica, que no es lo mismo. Ha compuesto, ante todo, una novela en la

que se le da al insumo histórico un tenor mítico y una barnizada de creación; una ficcionalización y poetización de la Historia, en la que el pasado se inventa y el futuro se recuerda. En una especie de trueque con la Historia, Fuentes altera la cronología de los hechos (“tiempo de fundaciones”, según el diseño de su ciclo que acabamos de mostrar) y, como ya se señaló, también los parentescos de los actores de esos hechos. Su interés no es reproducir la Historia, sino poner en escena el espíritu de una época. Eso sí que queda intacto.

Así pues, Felipe aparece, no como hijo de Carlos V (que fue parido en una letrina), sino de Felipe el Hermoso, que era, en realidad, el esposo de su abuela Juana la Loca, la cual funge en la novela como madre de Felipe II, y que no termina enclaustrada, como refiere la Historia, sino empotrada en un muro de El Escorial, hablando, delirando y, además, proyectándose como la futura emperatriz Carlota, último vestigio de la monarquía española en “El nuevo mundo”:

Mírame, hijito: yo soy esa muñeca anciana, enloquecida, vestida con ropón de encajes y cubierta por cofia de seda, encerrada en un castillo belga, escapándome a veces para buscar bajo los árboles de los brumosos prados una nuez, un poco de agua fresca, me quieren envenenar. Mi nombre es Carlota.

Con grande tristeza abandonó el Señor ese día el nicho de su madre la Dama Loca; no necesitó conminar a las

monjas al silencio: le bastó ver sus cuatro rostros sin sangre, transparentes de pavor. (Fuentes, 1975, p. 742)

En cuanto a los hechos históricos, es cierto que la construcción de El Escorial se hizo bajo su reinado, pero no así el descubrimiento de América, el cual ni siquiera se dio durante el reinado de sus abuelos, sino de sus bisabuelos, los Reyes Católicos. Situaciones de este jaez pueden confundir a un lector que desconozca la Historia de España, sobre todo, en lo que atañe a la monarquía de los Habsburgo y a los avatares de la Conquista, y, por eso, las descripciones de los reyes y referencias históricas en páginas precedentes.

Esa suerte de trueque con la Historia, ese trocar los personajes y tiempos, obedece a lo que Oviedo (1982) llama “la actitud disidente” de Fuentes, que le permite al escritor no ser rigurosamente fiel a la Historia en favor de lo mítico. El mismo Oviedo, apoyado en Lévi-Strauss, nos ubica al respecto:

Esa visión de los mitos como un sistema de unidades intercambiables y dispersas pero que tienden a la unidad se apoya en los últimos aportes de la antropología estructural. Dice Lévi-Strauss: “En un mito todo puede suceder; parecería que la sucesión de los acontecimientos no está subordinada a ninguna regla lógica o de continuidad. Todo sujeto puede tener cualquier predicado; toda relación concebible es posible”. La esencia de los mitos es que se repiten y se organizan como una totalidad; solo así cobran significación. Fuentes no solo ha querido que su novela

recoja ese inmenso caudal, sino que ella sea un orden mitológico, un nuevo mito que se agrega a los otros. *Terra nostra* es una narración en el sentido en que el mito órfico o los libros de la Biblia o las cosmogonías aztecas son: formas de configuración simbólica de la existencia humana. (p. 146)

Gran parte de la obra de Fuentes bebe en la Historia; se diría que, si *La región más transparente* (1958) es la novela mexicana total, *Terra nostra* es la novela hispánica total; novela de aluvión escrita entre 1968 y 1974 en Londres y Virginia, una de las ficciones más ambiciosas que, acaso, haya conocido la lengua española y una de las dos más extensas del *boom* latinoamericano (la otra es *Conversación en la catedral* [1969], de Mario Vargas Llosa). *Terra nostra* es todo un océano verbal que muestra que una novela no es solo la escritura de una aventura, sino la aventura de una escritura. Es la Historia (pasada por el cedazo del mito, la poesía y la imaginación) de lo que llamamos la era cristiana, cuya densidad literaria depende, en buena parte, de la forma en que se entreveran tiempos, espacios y personajes; de cómo el narrador refiere “tanto lo vivido como lo soñado”.

Cuatro decenas de personajes se pasean por sus más de 700 páginas y 144 capítulos que dividen el libro o, mejor dicho, el monumento en tres partes (o tres movimientos, si queremos hablar de sinfonía): “El viejo mundo” (el de la realidad y los sueños), “El mundo nuevo” (el de las maravillas) y “El otro mundo” (el de los recuerdos y las nostalgias, el de la otra vida).

Bien mirado, la estructura tripartita de la novela equivale a la estructura en tres secciones de El Escorial. La narración comienza en París, cuando uno de sus personajes mutantes, Polo Febo, cae al Sena y aparece cientos de años atrás como náufrago en una costa española, signado con seis dedos en cada pie y una cruz de sangre encarnada en la espalda; será el primero de seis con el mismo signo a lo largo de la novela. Cabe la interpretación de lo segundo como la marca que ha dejado en la cultura hispanoamericana la religión cristiana, y que lo primero simboliza la deformidad de los Habsburgo a cuenta del incesto, cuyo depositario final, como ya se señaló, fue Carlos el Hechizado, sobre el que Fuentes realiza, en el antepenúltimo capítulo de la novela, una descripción asaz grotesca, en una escena que Batjín hubiera calificado como carnavalesca, por toda la subversión de valores que entraña:

Y el Señor solo miraba, con horror, a la figura sentada en el trono: un hombre pequeñito, aunque un poquitín más crecido que la última vez que le miró, sentado allí, tocado por boina negra, con uniforme de tosca franela azul, una banda gualda y roja amarrada a la gran barriga fofa, un espadín de juguete, botas negras, ojos de borrego triste, bigotillo recortado, con el brazo derecho levantado en alto, que chillaba con voz tipluda:

- ¡Muerte a la inteligencia! ¡Muerte a la inteligencia!
- ¿Dónde estaba la momia?
- Pronto, sacadme de aquí, gritó el Señor a las monjas.

Tú, supuesto rey, no corras, chilló el hombrecillo, ¡tú te robaste mi corona, mi preciosa corona de oro, zafiro, perla y ágata y cristal de roca!, ¡devuélvemela!, ¡caco!

Huyeron de allí el Señor en su litera y las cuatro religiosas, y el Señor clamaba para sus adentros, Dios mío, ¡qué le has hecho a España?, ¿no han bastado todas las plegarias, las batallas por la fe, la iluminación de las almas, la penitencia y el desvelo?, ¿ha terminado la iluminación de las almas, la penitencia y el desvelo?, ¿ha terminado el homúnculo, la mandrágora, el hijo de los cadalsos y las piras, sentado en el trono de España? (Fuentes, 1975, p. 747)

A partir del referido primer episodio, el de la aparición del naufrago en playa española, el narrador fray Julián le cuenta la historia al cronista Cervantes, quien habrá de continuarla. La narración alcanza un talante de máxima composición musical y artística, pues, a medida que nos conecta a su tema central, cuál es la construcción El Escorial (y la conformación del pudriero real), el ritmo del lenguaje, su potente escritura rítmica y poética, compone una auténtica sinfonía o, cuando menos, el más polifónico concierto de voces que haya producido la narrativa del *boom*: el rey Felipe el Hermoso y su hijo, el Señor con su esposa, una inglesa prima suya; la Dama Loca, es decir, Juana; la Celestina (en realidad son tres); Guzmán, secretario y sotamontero de Felipe II, el Señor; don Juan, don Quijote y Sancho Panza, que, junto con la Celestina, comportan los grandes mitos de la literatura española. Asimismo, Tiberio César, emperador romano, y su ristra de compañeros

sexuales; Poncio Pilato, Cervantes, y todo un cortejo variopinto de personajes casi oníricos: bufones, miniaturistas, astrólogos, doctores, obispos e inquisidores, monjas que hacen de todo, enanas lujuriosas, campesinos, obreros, brujos y profetas, escribas, magos y hasta momias y fantasmas; flagelantes y príncipes idiotas, y, para completar el delirante retablo, aparecen personajes de *Rayuela*, de Cortázar, y de las novelas de García Márquez y de Vargas Llosa, con lo cual Fuentes rinde homenaje a los tres restantes miembros del *boom*. Este es el sistema de personajes de una novela de prurito enciclopédico y de palimpsesto literario:

LOS REYES: Felipe, El Hermoso, casado con Joana Regina, La Dama Loca; Felipe, El Señor, hijo y heredero de los anteriores, casado con Isabel, La Señora (Elizabeth Tudor), su prima inglesa.

LA CORTE: El Bufón de la corte de Felipe, El Hermoso, Guzmán, secretario y sotamontero de Felipe, El Señor, Fray Julián, pintor y miniaturista, Fray Toribio, astrólogo, El Cronista, poeta y narrador; Pedro del Agua, José Luis Cuevas, Antonio Saura y Fray Santiago de Baena (doctores); El Obispo; El Inquisidor de Teruel; Gonzalo de Ulloa, Comendador de Calatrava, Inés, su hija, novicia; Milagros, Madre Superiora; Angustias, Clemencia, Dolores, Consuelo y Remedios (monjas); Azucena y Lolilla (criadas de Isabel, La Señora; La enana Barbarica, compañera de La Dama Loca.

LOS BASTARDOS (los “hijos” de Ludovico): El Peregrino, hijo de Felipe, El Hermoso, y Celestina; Don Juan, hijo de Felipe, El Hermoso, e Isabel, La Señora; El Príncipe Idiota, hijo de Felipe, El Hermoso, y loba; Ludovico, estudiante de teología, natural de Calanda; Pedro, campesino y marinero, Simón, monje, Celestina, campesina, bruja y trotera, Mijail-Ben-Sama, andariego, Don Quijote de la Mancha, caballero errante, Sancho Panza, su escudero.

LOS OBREROS: Jerónimo, herrero y esposo de Celestina; Martín, hijo de siervos de Navarra; Nuño, hijo de áscaris de la frontera morisca; Catilínón, pícaro de Valladolid.

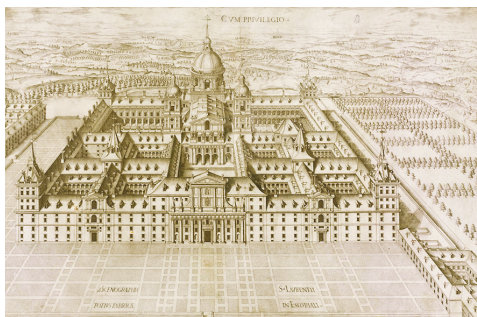
LOS MEDITERRÁNEOS: Tiberio César, segundo Emperador romano de la línea de los Augustos; Teodoro de Gándara, su secretario y cronista; Fabiano, Gayo, Persio, Cintia y Lesbia (compañeros sexuales del César Tieberio); Poncio Pilato, procurador de Judea; El Nazir, profeta menor hebreo; Clemente, esclavo; El fantasma de Agrippa Póstumo; El doctor judío de la Sinagoga de Toledo; El escriba de Alejandría; El mago de Spalato; La gitana de Spalato; Donno Valerio Camilo, humanista veneciano.

LOS FLAMENCOS: La Haya del monasterio de las beguinas de Brujas; La hermana Catarina, begarda poseída; Hyeronimus Bosch, pintor y adherente a la secta adamita; El Duque de Brabante.

LOS INDIOS: El Viejo de las Memorias, La Señora de las Mariposas, El Cacique Gordo, Los Blancos Señores del Infierno, El Señor de la Gran Voz.

LOS PARISINOS: Polo Febo, hombre sándwich; Celestina, pintora callejera; Ludovico, flagelante, Simón, monje, jefe de los penitentes, Mme Zaharia, conserje, Rafael de Valentín, noble empobrecido, Violetta Gautier, cortesana tísica, Javert, inspector de policía, Jean Valjean, antiguo presidiario; Oliveira, exiliado argentino; Buendía, coronel colombiano; Santiago Zavala, periodista peruano; Esteban y Sofía, primos cubanos; Humberto, sordomudo chileno; Cuba Venegas, cantante de boleros cubana; La Valquiria, benefactora lituana.

Figura 3. El Escorial



Fuente: <http://www.arquitecturapopular.es/arquitectura-historica/religiosa/disenos-y-estampas-monasterio-del-escorial.htm>

El falansterio, centro de los acontecimientos y principal espacio de la novela

El Escorial, maravilla arquitectónico-mística que tiene la forma de la parrilla donde quemaron a San Lorenzo, es, en la novela y en la realidad, una enhiesta mole que tiene 2600 ventanas que permiten mirar hacia la sierra de Guadarrama, 1200 puertas, más de 80 escaleras, 459 torres, 16 patios y 15 claustros, que sirve de fortaleza militar, mausoleo, museo y palacio al mismo tiempo (albergaba también una biblioteca de unos 5000 ejemplares y un laboratorio); es, en la novela, la habitación laberíntica y el santuario de Felipe II, que, finalmente, le habrá de servir de tumba, al igual que a sus más de treinta antepasados en su segundo entierro:

Un cuadrilátero de granito, tan profundo como largo, sería el centro del palacio, concebido como un campo romano, severo y simétrico, o como la parrilla que conoció el suplicio de San Lorenzo, y en ese centro se levantaría la gran basílica, por fuera un probo castillo con ángulos de bastión, por dentro una sola nave, inmensa, vacía; y el todo sería rodeado por una cintura de manera que el palacio, visto desde lejos, aparecería como una fortaleza de líneas rectas y perdidas en el llano y el horizonte infinitos, sin una sola concesión al capricho, tallado como una sola pieza de granito gris plantado sobre un tablero de losas blancas y pulidas cuyo albo contraste daría un aire aún más sombrío a la construcción. [...] constrúyase a toda prisa un palacio y monasterio que sea, a la vez, Fortaleza del

Santísimo Sacramento de la Eucaristía y Necrópolis de los Príncipes. Ninguna gala, ninguna gula, ningún desvarío para ese proyecto implacablemente austero. Él lo pensó; ahora el ejército de trabajadores ejecutaba su pensamiento. (Fuentes, 2003, p. 105)

A medida que la prosa poética discurre por centenares de páginas, va construyendo dos monumentos, dos palimpsestos; en suma, dos textos de similar complejidad, *El Escorial* y la novela misma, que, una vez terminada, según el plan del autor (en su última versión, porque fueron varias), formaría, junto con *El naranjo* (1993), el díptico “tiempo de fundaciones”, segunda sección o etapa de las quince que conforman el gigantesco plan narrativo de Fuentes, denominado *la edad del tiempo*, que, a la postre, no se cumplió. Quede dicho que, si hay otra novela en la que construcción similar, producto también de la obsesión de un rey, tenga tanta importancia y protagonismo, es *Memorial del convento*, de José Saramago. La construcción a la que nos referimos es el monasterio de Mafra.

Pero ya más puestos en el tema que nos ocupa, tendremos que decir que, si bien es cierto que, como se indicó al comienzo, el hecho muy definitorio para nuestra construcción ontológica fue la llegada de Cortés, nuestra identidad, nuestra condición, nuestro destino y nuestra condición del otro para los españoles comenzó a fraguarse siglos atrás cuando coincidieron en España (Hispania, “tierra de conejos”) las llamadas tres culturas del libro: árabes, judíos y cristianos. Era

una convivencia pacífica, civilizada y productiva, que puso a la España medieval en trance de ser la nación más adelantada de Europa. Al respecto, afirma Fuentes (1992) en su libro *Cervantes o la crítica de la lectura*: “La singularidad de España deriva del hecho de que es la única nación del Occidente donde tres creencias y tres culturas distintas, la cristiana, la judía y la islámica, se fertilizaron mutuamente durante más de nueve siglos” (p. 41). Y más adelante subraya: “Si la influencia árabe en la cultura española es la influencia de la sensualidad, la influencia judía es la de la inteligencia. Más aún; pienso que gracias a los intelectuales judíos la lengua española fue fijada y obtuvo dignidad literaria” (p. 43).

Pero como los movimientos de la Historia no son lineales sino en espiral, lo que iba a ser no fue, o lo que estaba siendo dejó de serlo, justo *ad portas* del siglo XVI. El año 1492 fue el año crucial para el destino latinoamericano, debido a tres acontecimientos que dejaron su impronta para siempre: la publicación de la primera gramática de nuestro idioma (primera de una lengua occidental), el descubrimiento de lo llamado por Fuentes en su novela “El mundo nuevo” y la expulsión de los judíos (que ocasionó lo que se conoce como la *diáspora*). Esto históricamente fue autoría de los Reyes Católicos, pero, en *Terra nostra*, Fuentes lo muestra como obra de Felipe II, para subrayar el fanatismo del personaje (que igual era el de la monarquía española), la total negación de lo que fuera distinto, la total intolerancia y rechazo hacia lo otro, así eso

o ese otro haya contribuido históricamente a conformar lo español:

Seréis expulsados, judíos, perseguidos, moros, no habrá lugar para vosotros en el reino de la pureza de la sangre, cristianos viejos, limpios de sangre, ¿quiénes son?, ¿cuántos son?, hubo tiempo en que los cristianos mozárabes vivieron en tierra musulmana y los musulmanes mudéjares en tierra cristiana, y tolerábanse entre sí, y convivían con judíos, y decíanse los tres pueblos del libreo y San Fernando rey de Castilla proclamábase rey de las tres religiones y moros y judíos aportaban a la barbarie goda, arquitectura y música, industria y filosofía, medicina y poesía, y la Inquisición era mantenida a raya para no sobrepasar el poder de los monarcas, y así prosperaron las ciudades, se gestaron las instituciones de la libertad local, mas ahora, ¿quién quedará a salvo de los nuevos poderes de la Inquisición?, ¿en qué acto inocente no se verá la sospecha, se leerá la culpa, se dictará el exterminio?, ¿qué podréis hacer para defenderos de la tortura, la cárcel, la muerte y la pérdida de vuestras vidas, familias y haciendas?, ¿a quién apelaréis?, ¿para qué apelaréis?, leed todos este decreto del Señor: todos son culpables mientras no prueben su inocencia; ¿probarás la tuya en el caballete, moro, a la hora del garrote, hebreo, en el suplicio de la picota, peón? (Fuentes, 1975, p. 780)

Sumado a esto, la caída del último reducto árabe en la península, y un siglo después la expulsión de casi medio millón de moriscos españoles por parte de Felipe III (en

la novela parido por una loba), como para comenzar con lujo el siglo XVII, pues implicó la ruina de la clase media con la concomitante depauperación que terminó de insuflar en el carácter de los españoles un mecanismo de supervivencia llamado picaresca.

La Historia nos deja ver otras contingencias que hubieran cambiado nuestra identidad, por ejemplo, la batalla de Lepanto en 1571 que, de haber sido ganada por los turcos, hoy nos tendría hablando no español sino la lengua de los jenízaros, que por un arcabuzazo casi nos dejan sin Quijote. Es un hecho de tanta trascendencia que Fuentes le dedica todo un capítulo, el que lleva por título “El cronista”, entre otras cosas, porque este llamado cronista no es otro que el mismo Cervantes, quien, como bien se sabe, tomó parte en tan tremebundo episodio “del que tendrán memoria los venideros tiempos”, según dijo él mismo, y mal no lo parafraseamos.

Figura 4. Embarcaciones de la conquista



Fuente: https://historia.nationalgeographic.com.es/a/indigenas-fabricaron-municion-para-conquistadores-espanoles_15213

El descubrimiento del Nuevo Mundo es, en últimas, lo decisivo en la construcción de nuestra identidad, de nuestra nueva identidad, y de la revelación frente a España como lo otro, no tanto por la llegada de Colón, que solo patrulló por algunas islas del Caribe, sino por la llegada de Cortés. Dejemos claro de una vez que “El nuevo mundo” en *Terra nostra* es exclusivamente México, espacio o escenario de la segunda parte de la maravillosa novela, en la que Cortés nunca aparece, ni se le nombra. Los hechos de esa conquista no son narrados de forma directa en la novela, solo se sabe que están ocurriendo, están en lo que Genette llama la historia (*histoire*), pero no en el relato (*récit*); son

referidos por el hombre fuerte de la corte de Felipe, de su asesor para todo, de su asistente, del que le hace saber lo que acontece allende el mar: Guzmán. Es él, convertido por la narración en narrador delegado, quien indirecta y resumidamente da cuenta de los avatares de la Conquista al Señor, sobre quien, antes que en nosotros, recae el rol de narratario. Si se nos permite la analogía, Guzmán, como personaje también mutante, asume la investidura que históricamente asumió Francisco Gómez de Gomara (quien en 1542 entró al servicio de Cortés como capellán en Valladolid) en su *Historia de la conquista de México*, puesto que su carta a Felipe no es más que una plausible síntesis de lo que el mencionado escritor explaya en su crónica y de lo que constituye un no dicho, pero sí consabido, que ocupa en retórico silencio un lugar, si no entre la primera y la segunda parte, entonces entre la segunda y la tercera parte de *Terra nostra*:

El Miércoles Santo de la Semana Mayor, día de la ceniza, le fue entregado al Señor un largo pliego enviado por Guzmán. Lo leyó Felipe, con ávida repugnancia, mientras en la capilla el obispo gordo y ya casi centenario, acompañado de diáconos, acólitos y cantores, se hincaba y, quitada la mitra, cantaba el himno *Veni, creator Spiritus*. Narra Guzmán la nueva: el sueño del joven peregrino era cierto, llegaron las carabelas a las mismas costas descritas por el muchacho, desembarcaron en playa de perlas, las recogieron a manos llenas, algunos llegaron a tragárselas. Siguieron la ruta de la selva hacia el volcán.

Los naturales desconocían el caballo, la rueda y la pólvora; era fácil espantarles, pues tomaban a los jinetes por seres sobrenaturales, y a los arcabuces y cañones por cosa de magia. Vivían además en la disensión, los pueblos más débiles sometidos a los más fuertes, y todos a un emperador llamado Tlatoani, cuya sede era la ciudad de la laguna. Que perdiese cuidado el Señor: el poder de las armas servía al poder de la fe. A su paso, la esforzada hueste española derrumbó ídolos, incendió templos y destruyó papiros de la abominable religión del Diablo. Tenía queja contra el fraile Julián, que entrometíase intentar salvar ídolos y papeles, y pretendía que esos salvajes eran tan hijos de Dios como nosotros, y dueños también de un alma. [...] Hundiose en el fango la vasta ciudad; cayeron los ídolos, arrancose el oro y la plata de templos y aposentos reales; fue arrasada la ciudad antigua y sobre ella comenzó a construirse una ciudad española, de severo trazo, semejante, Cristiano Señor, a la parrilla donde sufrió martirio el Santo Lorenzo; creo respetar así vuestras intenciones que son las de trasladar a estos demonios las supremas virtudes de España. (Fuentes, 2018, p. 864)

Como la anterior cita nos introduce en la Historia y apunta a cómo inició (muy traumáticamente) nuestra relación con el otro y cómo se empezó a fraguar nuestro (también traumático) proceso de mestizaje, volvamos a ella, que es, al fin y al cabo, el insumo de la novela de Fuentes.

Pregunta obligada es ¿cómo fue posible la conquista del territorio mexica si este contaba con un ejército

que superaba al español por lo menos mil veces? La respuesta la da Todorov (1987), la cual se sintetiza en que el de Cortés no fue un triunfo militar sino semiológico: “Es efectivamente gracias a su dominio de los signos de los hombres como asegura Cortés su control del antiguo imperio azteca” (p. 130). Cortés, antes que avasallar y tomar, lo que hizo fue averiguar, conocer, comprender o descifrar al otro. Pero miremos, primero, cómo entiende el mismo Todorov esa otredad, cómo es el descubrimiento que el yo hace del otro:

Uno puede descubrir a los otros en uno mismo, darse cuenta de que no somos una sustancia homogénea, y radicalmente extraña a todo lo que es uno mismo: yo es otro. Pero los otros también son yos: Sujetos como yo, que solo mi punto de vista, para el cual todos están allí y solo yo estoy aquí, separa y distingue verdaderamente de mí. Puedo concebir a esos otros como una abstracción, como una instancia de la configuración psíquica de todo individuo, como el Otro, el otro y otro en relación con el yo, o bien como un grupo social concreto al que nosotros no pertenecemos. (p. 13)

En la conquista de México, lo que vemos es, por un lado, un líder que interpreta mal los signos (“tomaban a los jinetes por seres sobrenaturales, y a los arcabuces y cañones por cosa de magia”, le contó Guzmán a su rey en *Terra nostra*): asoció la llegada de los españoles con el prometido regreso del dios Quetzalcóatl, según una profecía del calendario azteca. Moctezuma recibió información de la llegada de unos seres extraños

(lo extraño era la figura que proyectaba un hombre barbado, con arcabuz y armadura sobre un caballo) que podían escupir fuego desde una de sus extremidades. Por otro, vemos a un hidalgo de Medellín, astuto y curtido, que desde el comienzo se procuró intérpretes para recabar información sobre el otro, y que aprovechó todas las ventajas que ese otro en toda su ignorancia le prodigó, la más significativa de todas fue el regalo de un puñado de mujeres, entre las cuales estaba la Malinche, que terminaría por mor de su aprendizaje del español siendo la mejor fuente de información de Cortés. Por ello, sostiene Paz (y a ello le dedica todo un capítulo de *El laberinto de la soledad*) que somos hijos de la Malinche, de doña Marina, convertida, según él, en una figura que representa a las indias, fascinadas, violadas o seducidas por los españoles.

El error de los aztecas fue, tanto desde lo poético como desde lo semiótico, un error de analogía. Paz la define así en *Los hijos del limo*:

La analogía es la ciencia de las correspondencias. Solo que es una ciencia que no vive sino gracias a las diferencias: precisamente porque esto no es aquello, es posible tender un puente entre esto y aquello. El puente es la palabra como o la palabra es: esto es como aquello, esto es aquello. El puente no suprime la distancia: es una mediación; tampoco anula las diferencias: establece una relación entre términos distintos. La analogía es la metáfora en la que la alteridad se sueña unidad y la diferencia se proyecta ilusoriamente como identidad. Por la analogía el paisaje

confuso de la pluralidad y la heterogeneidad se ordena y se vuelve inteligible; la analogía es la operación por medio de la que, gracias al juego de las semejanzas, aceptamos las diferencias. La analogía no suprime las diferencias; las redime, hace tolerable su existencia. (Paz, 2008, p. 80)

Siguiendo la idea de Paz, formulamos un interrogante: ¿qué fue esto que los aztecas tomaron como aquello? El esto que tomaron como aquello fue la imagen del conquistador respecto del dios cuyo regreso estaban esperando. Qué curioso. Al otro lado del mundo, un personaje español también tomaba equivocadamente un esto como un aquello, tomaba los molinos como gigantes, aunque a este personaje el error de analogía le costó un porrazo, mientras que a los aztecas un imperio.

El gran pecado del emperador azteca que hizo que su mismo pueblo lo lapidara después fue no interesarse nunca por saber, es decir, por comprobar, quiénes eran esos otros, y que solo cuando ya era tarde pudo descifrar la figura hombre-caballo y darse cuenta de que también era mortal. La tan tronada malicia indígena fue más bien, en todo caso, malicia española.

Paz (2009) sostiene al respecto:

Ni el genio político de Cortés, ni la superioridad técnica —ausente en hechos de armas decisivos como la batalla de Otumba—, ni la defección de vasallos y aliados, hubieran logrado la ruina del Imperio azteca si este no hubiese

sentido de pronto un desfallecimiento, una duda íntima que lo hizo vacilar y ceder. (p. 133)

Y concluye Paz (2009), con una idea que lo asocia irremisiblemente a la teoría de Todorov:

Cuando Moctezuma abre las puertas de Tenochitlán a los españoles y recibe a Cortés con presentes, los aztecas pierden la partida. Su lucha final es un suicidio y así lo dan a entender todos los textos que tenemos sobre este acontecimiento grandioso y sombrío. (p. 133)

El conquistador siempre supo que Moctezuma tenía espías por todas partes, de modo que utilizaba las armas de fuego no como armas sino como signos, haciendo exhibiciones para que los espías fueran y le llevaran el chisme a Moctezuma:

El uso que Cortés hace de sus armas es de una eficacia más simbólica que práctica. Manda construir un trabuco que no funciona, eso no es grave. Y aunque otro fruto no hiciera, como no hizo, sino el temor que con él se ponía, por el cual pensábamos que los enemigos de dieran, era hartó. (De Gayangos, 1866)

En el comienzo mismo de la expedición, organiza verdaderos espectáculos de “luz y sonido” con sus caballos y sus cañones (que entonces no sirven para nada más), su preocupación escénica es verdaderamente notable. (Paz, 2009, p. 126)

Cortés evitaba que hombres o caballos heridos o muertos fueran vistos por los indios. “La primera preocupación de Cortés, cuando es débil, es hacer creer a los demás que es fuerte, no dejar que se descubra la verdad” (Todorov, 1987, p. 124). Siempre supo utilizar los signos para mentir, en contraste con la manera unívoca e ingenua como los utilizaban los aztecas. El ejemplo más significativo (y triste) de ello fue la posterior huida de Cuauhtémoc, portando todos sus atributos, y así llamó más la atención de los españoles:

Es la conquista eficaz de la información la que lleva a la caída final del imperio azteca: mientras que Cuauhtémoc exhibe imprudentemente las insignias reales en el barco que debe permitirle huir, los oficiales de Cortés, por su parte, recogen inmediatamente todas las informaciones que pudieran referirse a él y llevar a su captura. (Todorov, 1987, p. 112)

Por supuesto, en la novela, el encuentro de los españoles con “El nuevo mundo” no fue así. La segunda parte trae en sus veinte capítulos la historia del Peregrino que, en compañía del viejo Pedro, se embarcó rumbo a Occidente y, por mor de una tempestad, dan con sus huesos en una playa llena de maravillas. La descripción no dista de lo que literariamente se conoce como real maravilloso; de las descripciones que, abrumados por la desmesura de nuestros paisajes, hicieron los cronistas de Indias:

El mar era verde como jóvenes limones; de un blanco nacarado la playa; rojas las altas palmas, cuajadas de dátiles enormes, mucho más grandes que los del desierto. Tortugas y dátiles: no moriría de hambre. Perlas; no moriría pobre. Reí. Pasaron volando de nuevo las ruidosas manadas de aves de colores, y al cabo de la playa, vi levantarse una débil espiral de humo. (Fuentes, 1975, p. 378)

Tras la muerte de Pedro, el Peregrino se convierte en el primer hombre de allende el mar que entra en contacto con una tribu aborigen, que termina venerándolo como a un dios. Es también el primero en yacer con una mujer del Nuevo Mundo, la Señora de las Mariposas:

Era su tocado una corona de mariposas, pero no reproducción de ellas, ni de metal, piedra o vidrio alguno eran, ni tampoco un ramillete de libélulas muertas: corona era esta de vivas mariposas negras, azules, amarillas, verdes, blancas, que se trenzaban volando sobre la cabeza de esta que llamo mujer. Y que lo era, pues si cuanto he descrito parece pintado, o soñado, o petrificado, la mirada vivía y la vida de esa mirada se dirigía a mí. Y detrás de la mujer, ardía el templo. (Fuentes, 1975, p. 412)

Después, el Peregrino recorre caminos y templos en medio de la selva; conoce las pirámides y los altares de sacrificios, y, en una sala llena de espejos, su imagen reflejada, más afirmando que preguntando, se dirige a él con estas palabras: “¿No me equivoco, verdad? ¿Tú eres el esperado, Quetzalcóatl, la serpiente de plumas?”.

Vemos, pues, que todo lo histórico se da, pero de una forma mito-poética. En el fondo, los elementos son los mismos, y, sobre todo, se muestra cómo los aztecas confunden al advenedizo con el dios cuyo regreso esperaban, según la profecía de su calendario. Esa confusión, ese error de analogía, conllevó la caída del Imperio azteca y a la posterior españolización del Nuevo Mundo, que nos tocó en suerte.

Lo demás es Historia, y lo que no sea Historia es literatura. La conquista de México fue vertiginosa; duró apenas tres años tras los cuales comenzó a configurarse nuestro mestizaje, nuestra más clara identidad. Y la otredad para los españoles. Hijos, como concluye Paz, de la Malinche o doña Marina e hijos de Cortés. Ambos personajes obran por metonimia, pues, en nuestra sangre, hay mezcla indígena y española. Somos un yo alumbrado por otro.

Sobre las causas y consecuencias de este alumbramiento, se elabora gran parte de la obra de Fuentes, desde *Terra nostra*, hasta *Los cinco soles de México* (2000), pasando por *El espejo enterrado* (1992), y buena parte de ese balzaciano proyecto a medio terminar que fue *la edad del tiempo*, que incluye una obra de teatro cuyo tema es la conquista de México: *Ceremonias del alba* (1991), cuyos personajes son, entre otros tomados, o bien de la realidad histórica, o bien de la realidad mito-poética: Moctezuma Xocoyotzin, Gran Tlatoani de México; Cuauhtémoc, su sobrino y último emperador azteca; Cihuacóatl, sumo sacerdote de Tenchtitlán; Tezcattlipoca, dios nocturno; Quetzalcóatl, dios de la

creación, y Quetzalpetlatl, su hermana. Los mencionados, del lado de la corte azteca. A estos se suman, Hernán Cortés, Marina, Bernal Díaz del Castillo y Pedro de Alvarado, del lado de los conquistadores. Del prólogo al drama épico que es *Ceremonias del alba*, recogemos un aparte que apuntala el discurso argumentativo que Fuentes desarrolla respecto de la Conquista:

El diseño histórico del mundo indígena es la fatalidad, definida por el esperado regreso de Quetzalcóatl: precisamente en el día previsto por el tiempo cíclico, la serpiente emplumada regresa, solo que su identidad es usurpada por hombres, y por hombres crueles, rapaces, nuevos, enérgicos. Pues el verdadero diseño histórico de los conquistadores no corresponde ya al orden vertical de la Edad Media: su signo es el signo renacentista de la voluntad y del ascenso a la existencia de esos hombres nuevos, reclutados entre los bachilleres, los hidalgos pobretones, los aventureros y los labriegos de España, que desplazan a los reyes y a la nobleza del centro activo del escenario ero que, a la postre, son frustrados por las jerarquías impersonales a las que representan: la Iglesia y el Imperio. Los indígenas son objeto de un culturicidio; los conquistadores son objeto de un personalicidio. España, con la Contra-Reforma, instala sobre los restos del poder absoluto de Moctezuma, que a su vez se fundaba sobre la opresión colonial de los pueblos tributarios, las estructuras verticales y opresivas del poder absoluto de los Austrias. España se cierra y nos encierra. Tanto el mundo indígena mexicano como el mundo renacentista español quedan fuera

del diseño histórico de la colonia. Corresponderá al mundo mestizo inventar nuevos proyectos históricos y la lucha, hasta nuestros días, será entre colonizadores y descolonizadores. Mientras México no liquide el colonialismo, tanto el extranjero como el que algunos mexicanos ejercen sobre y contra millones de mexicanos, la conquista seguirá siendo nuestro trauma y pesadilla históricos; la seña de una fatalidad insuperable y de una voluntad frustrada. (Fuentes, 1992, p. 10)

Y concluye: “El clamor de la Malinche es la advertencia del nuevo sacrificio humano y de la nueva necesidad humana del México nacido de la Conquista” (Fuentes, 1992, p. 10).

Se diría que la ficción, es decir, la ficcionalización de la Historia (lo hecho en *Terra nostra*) no ha sido el único recurso o fórmula de escritura de Fuentes para mostrar la forma en que los latinoamericanos hemos venido configurando nuestra identidad. Fuentes, aparte de la novela, el cuento y el teatro, acude también al ensayo, género intermedio entre la literatura y la filosofía, que le permite explayar más un discurso argumentativo. Tal es el caso del ya referido ensayo *Cervantes o la crítica de la lectura* y el libro *El espejo enterrado*.

Esta obra es un viaje desde nuestro origen hispano (hace 25 000 años en Altamira) hasta hoy. Para aquel, Fuentes nos pone en la mano un espejo, no ahumado como el de Quetzalcóatl, sino diáfano, para que podamos ver en él toda nuestra Historia y nuestra tragedia, así como los rostros que época tras época hemos

ido asumiendo, transformando o deseando. Es, quizá, el libro clave para los estudios culturales y para apuntalar una filosofía de la cultura en lo que nos concierne. Responde a casi todas nuestras preguntas sobre nuestra identidad desde el fondo de la Historia: ¿quiénes somos?, ¿qué somos?, ¿qué hemos hecho?, ¿hacia dónde vamos?, ¿cómo una cultura (se) construye, (se) transforma y (se) destruye?

Seis de sus 18 extensos capítulos se corresponden o bien pueden servir de insumo para diversos episodios de *Terra nostra*, por lo cual hacen de *El espejo enterrado* una perfecta lectura complementaria de la novela, a saber: “IV. 1492: El año crucial”; “V. Vida y muerte del mundo indígena”; “VI. La conquista y la reconquista del nuevo mundo”; “VII. La era imperial”; “VIII. El Siglo de Oro”, y “IX. El Barroco del nuevo mundo”.

La Historia, nos refiere este libro fascinante y lúcido, se repite cada vez que un imperio (romano, germano, español, norteamericano) cae y es reemplazado por otro. Es el libro arqueológico en el que están interpretadas todas las huellas que hemos dejado a nuestro paso por el mundo; el gran libro de la cultura que Fuentes denomina indoafroiberoamericana.

Ese alumbramiento al que nos referimos es el tema principal de un pensar América Latina y el insumo principal para que ese pensar sea posible desde la literatura.

Referencias

De Gayangos, P. (1866). *Cartas y relaciones de Hernán Cortés al emperador Carlos V*. Imprenta Central de los Ferro-

- Carriles A. Chaix y C^a. <https://www.cervantesvirtual.com/obra/cartas-y-relaciones-de-hernan-cortes-al-emperador-carlos-v-974782/>
- Fuentes, C. (1975). *Terra nostra*. Joaquín Mortiz.
- Fuentes, C. (1991). *Ceremonias del alba*. Mondadori.
- Fuentes, C. (1992). *Ceremonias del alba*. Mondadori.
- Fuentes, C. (1992). *Cervantes o la crítica de la lectura*. Joaquín Mortiz.
- Fuentes, C. (1998). *El espejo enterrado*. Taurus.
- Fuentes, C. (2003). *Terra nostra*. Seix Barral.
- Fuentes, C. (2016). *Terra nostra*. Fondo de Cultura Económica.
- Fuentes, C. (2018). *Terra nostra*. Alfaguara.
- Oviedo, J. (1982). *Escrito al margen*. Procultura.
- Parker, G. (1996). *Felipe II* (R. de la Huerta Ozores, trad.). Altaya.
- Paz, O. (2008). *Los hijos del limo*. Tajamar.
- Paz, O. (2009). *El laberinto de la soledad*. Fondo de Cultura Económica.
- Williams, R. (1998). *Los escritos de Carlos Fuentes* (M. A. Pulido, trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Tyler, R. (1987). *El emperador Carlos V* (J. Ríos Sarmiento, trad.). Juventud.
- Todorov, T. (1987). *La conquista de México o la cuestión del otro*. Siglo XXI.
- Toledo, F. (2002). *Liturgia de difuntos*. Alfaguara.

Terra nostra: reconstrucción de lo que somos y seremos

Rubén Darío Vallejo Molina

Figura 5. Identidades



Fuente: <https://c8.alamy.com/comp/2EXTP1C/native-american-cartoon-vector-doodle-design-sketchy-detailed-composition-with-lot-of-ethnic-objects-and-symbols-2EXTP1C.jpg>.

Lo que somos y lo que seremos: ¿quiénes somos y cómo nos llamamos?, esa es la cuestión

La construcción de distintos mundos, un solo mundo, una sola cultura, es ineludible al hombre porque asume

que este o estos han sido creados para crear, redescubrir, reconstruir lo que somos y seremos. Y, para ello, qué mejor que retomar pensadores como José Martí, Simón Bolívar, José Carlos Mariátegui, José Vasconcelos, Alfonso Reyes y Augusto César Sandino, entre muchos otros, incluidos varios escritores como Nicolás Guillén, José María Arguedas, Octavio Paz, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, y más; sin olvidar filósofos, críticos, ensayistas, preocupados por el ser latinoamericano y la necesidad de reconstruir y pensar o, mejor, repensar un nuevo hombre latinoamericano de quiénes somos y qué hemos de hacer para cambiar el curso de los acontecimientos en la integración cultural de diversos mundos, de una cultura unificada o una sola cultura sin fronteras divisorias, sin discriminación. Ya planteaba Martí la necesidad de estructurar un pensamiento que salte de la aldea al universo.

Qué mejor oportunidad para pensarnos o reconstruirnos desde nuestra historia, nuestras identidades, nuestra lengua; encontrarnos con lo nuestro, lo propio, lo auténtico, lo que somos, lo que hemos sido y lo que seremos. De lo que se trata es de pensarnos a, pero, desde el horizonte histórico y cultural de nuestra propia realidad, desde la literatura. No como algo único y exclusivamente específico, sino en relación con la historia de la humanidad, pero desde nuestra historia. Pensar América Latina nos compromete, entonces, y nos impone el desafío epistemológico de aspirar, como decía Andrés Bello en 1848, a la independencia del pensamiento, lo que, en otras palabras,

significa un pensamiento que pone como condición la autoconsciencia de pueblo históricamente situado y negado en su ser, para satisfacer sus exigencias de libertad. Esta realidad pensada y despensada (Arriagada-Kehl, 2002).

El propósito de este eje es reconstruir lo que somos y lo que seremos a partir de nuestra literatura, del mito, pasando por las crónicas de Indias hasta nuestros días. Queremos hablar de nuestra América y no de América Latina o cualquier otra formulación incorrecta, asumiendo la definición de Martí (1891). El término América Latina es impropio y erróneo; se empezó a usar durante la segunda mitad del siglo XIX desde los centros de poder económico y colonialista de Europa, para definir al territorio que comprende las 18 naciones de habla española en nuestro continente, por necesidades surgidas de sus demandas de dominación, de las de los negocios de exportación e importación, y de las de proyectos de neocolonialismos tardíos.

América tiene doble pasado y doble herencia: la propia y la de Europa, por lo que no puede prescindir ni de su historia ni de la de Occidente, lo que es justamente el fundamento de su especificidad y el origen de buena parte de sus contradicciones no resueltas. Es la América mestiza, mayoritaria y plural, la que mejor define esta identidad configurada día a día en un proceso de creación y recreación permanente. En cierto modo y parafraseando a Reyes (1936), hablar de cultura americana es algo equívoco: nos haría pensar

solo en una rama del árbol de Europa trasplantada al suelo americano. No es una sorpresa, en absoluto, que la tradición histórica se perdiera en una época en que no había lenguaje escrito; aun la escritura que sí existió fue transmitida solo por tradición oral, corriendo el peligro natural de que se perdiera por completo la llave para descifrar esos símbolos en los periodos de guerra, migración y calamidad.

O, más bien, sujetos a un constante proceso de hibridación, como lo llama García Canclini (1990, p. 15), porque abarca diversas mezclas interculturales, no solo las raciales a las que suele limitarse el mestizaje, y porque permite incluir las formas modernas de hibridación mejor que sincretismo, fórmula referida casi siempre a fusiones religiosas o de movimientos simbólicos tradicionales.

Según Ospina (2006), para hablar de América, es apropiado referirse a América mestiza, puesto que su diversidad y mixtura no son parte constitutiva de su realidad. Allí confluyen varios universos socio-culturales, prueba de que, lejos de ser un continente homogéneo, es una conjugación histórica y cultural. Esas mixturas se representan en un legado del mundo americano, del europeo, del africano y de otros países y culturas que también han dejado una marca en este continente.

Todos nosotros estamos preocupados en la búsqueda de nuestras identidades. ¿Quiénes fuimos? ¿Quiénes somos? ¿Quiénes seremos? Ya en el discurso de Angostura, en la famosa carta de Jamaica

de 1815, Simón Bolívar reflexionaba sobre esa disímil condición:

Nosotros ni aun conservamos los vestigios de lo que fue en otro tiempo: no somos Europeos, no somos Indios, sino una especie media entre los Aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores. Así nuestro caso es el más extraordinario y complicado. ("Discurso pronunciado por Simón Bolívar ante el Congreso de Angostura, 15 de febrero de 1819", s. f.)

Tal vez por eso el pensar latinoamericano esté mostrando que lo que se llama "pensar desde" algún lugar como América Latina implica "pensar" de forma diferente. Pensar distanciándonos de la centralidad de la modernidad europea y pensarnos desde fuera de ella, desde lo que ella siempre ha negado y excluido. Por ello, proponemos pensar América desde reconstruir lo que somos, desde la literatura, su oralidad, el mito, la crónica, el cuento, la novela, el teatro y la poesía en el contexto de las otras historias.

La literatura se convierte, entonces, en un camino que conduce a la búsqueda del propio ser, pues posibilita el reconocimiento de la diferencia y la aceptación de la identidad propia. En el caso que nos ocupa, a pesar de hacerlo a través de la herencia impuesta por la Conquista, es decir, la lengua española, América

Latina asume su historia y sigue buscando definirse a sí misma por medio de las múltiples expresiones literarias de sus autores.

Por otro lado, es importante entender también que la literatura posibilita la construcción de lo que somos, pues recoge las formas en que esta sociedad se ve a sí misma y reafirma los modos de asimilación o evasión que esta hace de la realidad que se circunscribe a ella. De manera que las múltiples reivindicaciones que tienen lugar en la literatura latinoamericana tienen su origen en las marcadas luchas para producir, afirmar y aceptar la palabra propia, en busca de definir su naturaleza, caracterizar sus rasgos distintivos, reconocerse en ella y hacerla universal.

Aún más, la literatura latinoamericana da cuenta del desarrollo en el camino por conseguir representarse a sí misma y definir las identidades como tal. A pesar de tener la posibilidad de escribirse y relacionarse en la lengua del colonizador, la literatura latinoamericana permitió darle voz propia a una cultura silenciada por tantos años y a través de tantos abusos.

En este sentido, la literatura latinoamericana acoge las formas de conocimiento y reconocimiento ligados a la identidad cultural de la región, pues estas implican dar cuenta de la relación que guardan los escritores (como voz y representación de la cultura) con el contexto y su compromiso por nombrar lo que nos define como comunidad, es decir, narrar lo que no narra la historia oficial para hacerlo universal.

Entender realmente lo que somos, quiénes somos, nos refiere Carpentier, para darle un sentido a nuestro destino, destino que no es otro que el de resignificarnos en nuestra verdadera identidad para lograr la liberación definitiva. Aprehender nuestra verdadera historia, hasta ahora la de los vencidos, la que yace en los subterfugios de la memoria colectiva y de las promesas comprometidas; pero no con el fetichismo, como nos decía Julio Antonio Mella (1926), de quien gusta adorar el pasado estérilmente, sino de quien sabe apreciar los hechos históricos y su importancia para el porvenir, es decir, para hoy.

Hablando todavía de literatura, es importante destacar que los grandes escritores buscan, habitualmente, sus orígenes donde ellos realmente están. Nuestra búsqueda de los orígenes se da en Nicolás Guillén, poeta de la negritud, o en José María Arguedas, novelista de la indianidad.

Como sostendría Magris (2001, p. 23), solo la literatura ordena lo que antes nos quisieron decir la historia al contar, bien o mal, los hechos, la sociología al describir los procesos, la estadística al proporcionar las cifras, o la política al conjugar todas esas informaciones en su propio beneficio.

La literatura latinoamericana es lo que somos. Rama (2008) propone tres principios modeladores de la literatura latinoamericana: originalidad, representatividad e independencia, los cuales responden a ese modelo de transculturación. Respecto de la originalidad, señala:

En la originalidad de la literatura latinoamericana está presente, a modo de guía, su movedizo y novelero afán internacionalista, el cual enmascara otra más vigorosa y persistente fuente nutricia: la peculiaridad cultural desarrollada en lo interior, la cual no ha sido obra única de sus élites literarias, sino el esfuerzo ingente de vastas sociedades construyendo sus lenguajes simbólicos. (p. 27)

Este capítulo versa sobre la reconstrucción de lo que fuimos, somos y seremos en América Latina, pensada desde la literatura como posibilidad de construir mundos distintos, porque nombrar es construir. La literatura recurre a la palabra y la creatividad, lo cual posibilita la liberación del hombre a través de la imaginación.

Se pretende atender a varias inquietudes: ¿cómo podemos desde *Terra nostra*, de Carlos Fuentes, conocer o reconstruir lo que somos y lo que seremos?, ¿qué relaciones de simultaneidad y reflejo se dan entre “El viejo mundo”, “El nuevo mundo” y “El otro mundo? Tres mundos, un solo mundo... una sola cultura... nosotros *todos*, lo que somos, lo que seremos.

Estas relaciones han sido usadas por escritores de ficción y teóricos de la literatura, y qué mejor que recurrir a Fuentes en *Terra nostra* para identificar cómo recupera estas relaciones y se vale de ellas para cuestionar quiénes somos y qué hemos de hacer los latinoamericanos.

Terra nostra puede ser calificada de difícil, compleja, fragmentada, desordenada, caótica, universal, total; no obstante, resulta ser un interesante experimento

narrativo, un ejercicio cuántico narrativo, una alternativa narrativa de reconstrucción de mundos paralelos, tres mundos, un solo mundo, una cultura; y nos referimos no solo a la realidad espacial del mundo físico, sino también a la realidad temporal, un bucle intertemporal, la novela nos da la impresión de que vemos el reflejo de tres mundos en un solo mundo que los integra, un mundo total, reproducción del mundo entero, un microcosmos más allá del cual no hay nada. Un mundo cerrado, un mundo de cambio de utopías, “El viejo mundo”, “El nuevo mundo” y “El otro mundo”, que juntos son la *Terra nostra*. He aquí una inigualable propuesta caórdica, mezcla de caos y orden.

Aquella vez, como Narciso, solo te miraste a ti mismo en el espejo. Esta vez, Felipe, verás el espejo del mundo.

[...]

Cerró los ojos para no verse esta vez, como la otra, a sí mismo, sino al mundo; y el mundo, en cada peldaño, ofreció la tentación de escoger de nuevo, desde los albores del tiempo, pero siempre en un mismo lugar transfigurado: esta, tierra de las vísperas, Hispania, *Terra nostra*. (Fuentes, 1977, p. 764)

A pesar de Felipe, “El mundo nuevo” existe, y su inmensidad niega la exclusividad de El Escorial y de las verdades contenidas en él. Las ideas de fray Toribio sobre el tiempo cuyo flujo es circular encuentran su confirmación en “El mundo nuevo”. De este modo, la novela confronta el tiempo histórico del “El viejo

mundo”, determinado por las fechas del descubrimiento de América en 1492 y la muerte de Felipe en 1598, y el tiempo mítico de “El mundo nuevo”; el Viejo y el Nuevo Mundo se implican mutuamente. Solo el descubrimiento, “El mundo nuevo”, nos permite percibir “El viejo mundo” como “viejo”. El contraste de lo viejo y lo nuevo se unió a la oposición de antes y después que consigue la importancia con el salto temporal desde el siglo XVI hasta el siglo XX (Čulo, 2015, p. 39).

Figura 6. Tres mundos



Fuente: elaboración propia.

Tres son los momentos, las partes o secciones, o si quieren capítulos, nos da igual, en las que el autor ha estructurado la obra, y qué mejor que la voz literaria traducida desde la novela misma en la voz del cabalista Ibn Gabirol: “La Unidad no es raíz de todo, puesto que la Unidad no es más que una forma y todo es a la vez forma y materia, pero tres es la unidad de todo, es decir

que la Unidad representa la forma y el dos la materia” (Fuentes, 1975, p. 531).

Y para entender mejor el porqué de esta mención, de la unidad, del todo, de la forma, del tiempo, de sus relaciones e imbricaciones, conjugación, nodos, encuentros, conexiones todas de la perfección matemática, o si quiere cabalística, que seguiremos referenciando desde la novela misma:

Bien habla el sabio, pues el tres es el número creador, y sin él inertes serían la forma y la materia. Nada se desarrolla sin la aparición de un tercer factor; sin el tres, todo permanecería en polaridad estática. Juventud y vejez requieren edad intermedia; pasado y porvenir, presente; sensación y conciencia, memoria; suma y resta, sustitución. Dos cantidades iguales entre sí solo lo son por comparación a una tercera cantidad.

Las inteligencias de forma y materia se reúnen y organizan en el número tres. A partir de ese número, el hombre está armado para enfrentarse al mundo y a la vida. Pero está solo. (Fuentes, 1975, p. 531)

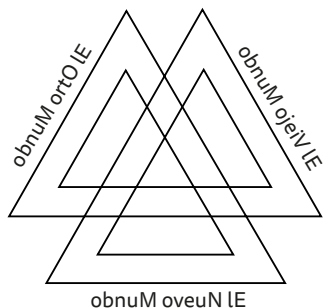
Los 144 segmentos o nodos de *Terra nostra* no están ordenados cronológicamente, pueden ser caóticos o, mejor, caórdicos, lo cual para muchos lectores dificulta y complejiza claramente la lectura de la novela, como concluiría Young Mee (2004), si bien esto está hecho a propósito por parte del autor, con la evidente intención de que el lector participe en su “reconstrucción” (tanto de la novela como de la historia).

Fuentes intenta en *Terra nostra*, pese a la estructuración o división de tres momentos, partes o capítulos, tres mundos que pretende reconstruir o representar la historia de la América hispana bajo la luz de cómo Europa ha concebido el Nuevo Mundo: entre utopía, por un lado, y fuente de riquezas, por otro, y de reescribir la totalidad en sus relaciones siguiendo la red de causas y efectos que han hecho del Viejo y el Nuevo Mundo la posibilidad de otro mundo, un solo mundo, la construcción o reconstrucción de una nueva cultura o una sola cultura.

Nos referimos al bucle intertemporal, porque la narración suscita en el lector establecer o buscar relaciones posibles entre los momentos o las partes. Recordemos cómo el sueño utópico del Peregrino presente en “El viejo mundo” es igualmente figurado en el “El mundo nuevo” y por qué no apocalíptico en “El otro mundo” cuando Felipe lee en el documento contenido en una de las tres botellas verdes: “Ven la utopía no está en el futuro; no está en otro lugar. El tiempo de la utopía es ahora. El lugar de la utopía es aquí” (Fuentes, 1975, p. 187).

Fuentes nos invita desde su narrativa a reconocernos a nosotros mismos, a reconstruirnos con dignidad y a reconciliarnos con el pasado.

Figura 7. El espejo. Tres mundos



Fuente: elaboración propia.

Proponemos leer o, mejor releer, *Terra nostra* al espejo, leer invertido, de atrás hacia adelante, del futuro al pasado, para reconocer el presente, de “El otro mundo” (*Le obnuM ortO*), a “El viejo mundo” (*Le obnum ojeiV*), para encontrarnos en “El nuevo mundo” (*Le oveuN obnuM*), como invertida es la escenografía del teatro de la memoria, leer como quieran, leer para mirarnos sin mirar en los espejillos, espejuelos y espejos que engrandecen o reducen, para viajar por la memoria, nuestra propia memoria, perdiéndonos para encontrarnos, sin perdernos, encontrándonos para perdernos y reconocernos, lo que fuimos, lo que somos, lo que seremos.

¿Cuál es la sabiduría común de Dios y del diablo, Celestina? Dice la Cábala: nada desaparece por completo, todo se transforma, lo que creemos muerto solo ha cambiado

de lugar. Permanecen los lugares: no les veo cambiar de lugar. Mas, ¿qué es el tiempo sino medida, invención, imaginación nuestra? Cuanto es, es pensado. Cuanto es pensado, es. Los tiempos mudan de espacio, se juntan o superponen y luego se separan. Podemos viajar de un tiempo a otro, Celestina, sin mudar de espacio. Pero el que viaja de un tiempo a otro y no regresa a tiempo al presente, pierde la memoria del pasado (si de él llegó) o la memoria del futuro (si allí tuvo su origen). Lo captura el presente. El presente es su vida. Y todos, sin excepción, regresamos tarde a nuestro presente: el tiempo no se detuvo a esperarnos mientras viajamos al pasado o al futuro; siempre llegamos tarde; un minuto o un siglo, igual da. Ya no podemos recordar que también estamos viviendo antes o después del presente.

Quizás este fue tu pacto con el diablo: vivir en nuestro presente sin memoria de tu pasado o de tu porvenir, si de ellos llegaste a nuestro hoy. (Fuentes, 1975, p. 536)

Rodríguez Carranza (1991) contempla cómo *Terra nostra*, junto con *Cien años de soledad*, *Rayuela* y *Yo el Supremo*, terminan siendo novelas “totales” o “enciclopédicas” que se centran en “reinventar el pasado”, o que algunos suelen llamar “novela histórica”. Está el pasado, ese juego ficcional con nexos históricos reconocibles, unión forzada en este tipo de novela con acontecimientos y personajes “de la vida real”, de la Gran Historia.

A través de *Terra nostra*, como en la trilogía de Lewis Carroll, entre otras tantas obras literarias, se vive el espectro del tiempo: “¿Entonces vivo una época que

es la mía, o solo soy el espectro de otra época, pasada o futura? Las tres cosas” (Fuentes, 1977, p. 541).

Según Juan-Navarro (2002), estas funciones son análogas a las relaciones entre los mundos, los tres mundos, pasado, presente y futuro; un mundo, todos los mundos, nosotros...

En *Terra nostra*, el espacio y el tiempo se inventan, se reinventan. Se relatan tiempos simultáneos para conformar remolinos que se forman entre sí, bajo el principio del azar y la incertidumbre.

¿Cómo pudo haber soñado lo que solo pasó entre Ludovico y yo, cuando el viejo me dijo que se dirigía al Cabo de los Desastres, a la playa donde más de diecisiete años antes se reunieron él y Celestina, Felipe, Pedro y el monje Simón, y que esta vez la nave de Pedro partiría en busca del nuevo mundo allende el gran océano, y que el muchacho de la cruz en la espalda se embarcaría con él y regresaría un día preciso, mil días y medio después, a esta misma playa, la mañana de un catorce de julio, y que entonces podría ir conmigo, viajar al palacio del Señor don Felipe, y allí cumplir su segundo destino, el de su origen, como en el nuevo mundo habría cumplido su primer destino, el del futuro? (Fuentes, 1975, p. 674)

Solo es seguir la voz misma de la novela. Vale la pena sumergirnos en unos apartes del teatro de la memoria:

Simónides propuso algo más: todo lo que los hombres han sido, cuanto han dicho y cuanto han hecho, es memorizable,

en orden y ubicación perfectos; de ahora en adelante, nada tiene por qué ser olvidado. ¿Te das cuenta? Antes de él, la memoria era hecho fortuito: cada cual recordaba espontáneamente lo que quería o lo que podía; el poeta abrió las puertas a una memoria científica, independiente de los recuerdos individuales; propuso la memoria como conocimiento total del pasado total. (Fuentes, 1975, p. 563)

En el teatro de la memoria, está la clave de los tres mundos. Los papeles se invierten. El lector es el único espectador, el lector ocupa el escenario (el mundo). La representación tiene lugar en el auditorio (la vida):

El hondo cántico del pasaje se convirtió en el coro de un millón de voces reunidas, sin palabras, en un solo ulular sostenido: —Sobre siete pilares descansa mi teatro, tartamudeó el veneciano, como la casa de Salomón. Estas columnas representan a los siete *sefirot* del mundo supracelste, que son las siete medidas de la trama de los mundos celestial e inferior y que contiene todas las ideas posibles de los tres mundos. (Fuentes, 1975, p. 164)

Ser lectores de lo nuestro, de cualquier manera, ser lectores auténticos, autóctonos, lectores de nuestra tierra de nuestra literatura, lectores del libro, como diría Felipe en la novela misma:

Es la infinita suma de los lectores de este libro, que al terminar de leerlo uno, un minuto después otro empieza a leerlo, y al terminar este su lectura, un minuto más tarde

otro la inicia, y así sucesivamente, como en la vieja demostración de la liebre y la tortuga: nadie gana la carrera, el libro nunca termina de leerse, el libro es de todos. (Fuentes, 1975, p. 618)

Terra nostra empieza con Polo Febo que sueña, al borde de un río (el Sena), un sueño que se convertiría en la novela que, a su vez, representa la historia pasada, presente y futura, no solo de un país, sino de la cultura hispánica.

Por esta razón, desde la primera página de *Terra nostra*, hasta la última, se le advierte al lector que la novela es un sueño de puras imágenes que, en gran medida, consiste en los diferentes discursos que incorpora simultáneamente la obra. “Increíble el primer animal que soñó con otro animal-Monstruoso el primer vertebrado que logró incorporarse sobre dos pies y así esparció el terror entre las bestias normales que aún se arrastraban, con alegre y natural cercanía, por el fango creado” (Fuentes, 1975, p. 7).

Pero también en el último momento o parte de la novela, *obnum orto* (“El otro mundo”), se establece una compleja relación entre el sueño, el tiempo, la historia y la narración mediada por un motivo ya usado por Borges en *Las ruinas circulares*, en el que un soñador crea, soñando, a otro soñador, solo para darse cuenta, al final, de que él mismo está siendo soñado por otro.

En *Terra nostra*, se hace referencia un poco a esta idea de producir una narración múltiple y un tanto

infinita o abierta, en la que uno de los tres soñadores que Ludovico custodia explica:

No, padre, no me entiendes. Cada uno será soñado ese tiempo por los otros dos y así, será soñado durante sesenta y siete días. Pero el soñado vivirá por su parte un tiempo equivalente; y estos son ya cien días y medio. Y como al dejar de ser soñado uno de los otros dos, el soñado, a fin de no morir, deberá unirse a uno de los soñadores para soñar al otro, estos son ya doscientos dos días. Y como al dejar de ser soñado este deberá unirse al que ya fue soñado para soñar al que solo ha soñado, pero no ha sido aún soñado, entonces habrán pasado trescientos cuatro días. (Fuentes, 1975, p. 573)

Además del esquema de los tres soñadores, hay en la novela otro principio que incide en la composición múltiple de los personajes y de sus narraciones. Ludovico cree casi como un axioma que se necesitan (múltiples existencias para integrar una personalidad) versiones que aparecen en varios segmentos (“la última ciudad”, “el sueño enfermo”, “soñadores y el ciego”, “confesión de un confesor”), principio que explica por qué en la novela varios personajes son al mismo tiempo otros.

Dijo Ludovico que una vida no basta: se necesitan múltiples existencias para integrar una personalidad. Dijo otras cosas que me impresionaron. Llamó inmortales a los que reaparecen de tiempo en tiempo porque tuvieron más vida que su propia muerte, pero menos tiempo

que su propia vida. Dijo que puesto que un hombre o una mujer pueden ser varias personas mentalmente, pueden volverse varias personas físicamente: somos espectros del tiempo, y nuestro presente contiene el aura de lo que antes fuimos y el aura de lo que seremos cuando desaparezcamos. (Fuentes, 1975, p. 665)

Desde el segundo, hasta el penúltimo momento, parte o “capítulo”, *Terra nostra* trata de la Historia de España y de América Latina. Estos tres mundos son grandes y complejos, en uno de los cuales se manifiesta el “Descubrimiento” de América Latina, “reflejados” y “refractados” como en un espejo para mostrar quiénes somos verdaderamente. Como sostendría Borges, el espejo multiplica al mundo: “Infinitos los veo, elementales / ejecutores de un antiguo pacto, / multiplicar el mundo como el acto / generativo, insomnes y fatales” (Fuentes, 1975, pp. 21-24).

Terra nostra busca crear un juego de correspondencias parecido en el que abundarán los juegos de espejos, los reversos, los anversos, las contradicciones, las semejanzas que nos unen y nos otorgan una identidad, la impostura de lo otro que negamos, pero que también termina por imbuirnos de su personalidad.

Los dos primeros momentos, partes o capítulos de *Terra nostra*, *Le obnuM ojeiV* (“El viejo mundo”) y *Le oveuN obnuM* (“El mundo nuevo”), establecen la relación semántica del espejo y se abren al espacio de la interpretación mutua en la unidad llamada *Le obnuM orto* (“El otro mundo”), que sería el tercer momento,

parte o capítulo. La metáfora del espejo es lo que une las tres partes: el viejo espejo renacentista, el espejo humeante de los aztecas y el espejo como metáfora de la diferencia entre los sexos.

Los espejos, por su parte, llegan a reflejarse unos a otros hasta reproducir la imagen en una impresión de infinito y múltiples interpretaciones.

Estos juegos y giros narrativos, elaborados en personajes ficticios, propios y ajenos, mitos e historia, resultan de la gran originalidad de Fuentes, y a través de ellos el lector devela lo evidente, lo que damos por conocido y viejo para recrearlo, reinventarlo y rejuvenecerlo con la gran fuerza simbólica del eco de la tradición.

En las orillas de *Le obnuM ojeiV* ("El viejo mundo"), un joven naufraga vestido con las ropas que llevaba Polo Febo en París. Tenía en la mano una botella verde sellada. El Náufrago arrojado en la playa tiene dos manos, seis dedos en los pies y una cruz roja estampada en su espalda. Sin embargo, de alguna manera, él es Polo Febo, tal como es todas sus otras encarnaciones por las que pasa en su viaje a través del espacio y del tiempo.

Presentar la obra como espejo tanto de la realidad física como de la intelectual no es una novedad de *Terra nostra*. En efecto, García Márquez (2017) construye Macondo, la ciudad de *Cien años de soledad*, como una ciudad de espejos:

José Arcadio Buendía soñó esa noche que en aquel lugar se levantaba una ciudad ruidosa con casas con paredes

de espejo. Preguntó qué ciudad era aquella, y le contestaron con un nombre que nunca había oído, que no tenía significado alguno, pero que tuvo en el sueño una resonancia sobrenatural: Macondo. (p. 34)

Ojalá no nos pase lo de José Arcadio Buendía, que, para lograr descifrar el sueño de las casas con paredes de espejo, solo lo hizo hasta el día en que conoció el hielo. En *Terra nostra*, no solo abundan espejos, como objetos físicos, sino también figuras que, como en el caso de Macondo, son, en efecto, verdaderas galerías de espejos. Felipe, constantemente,

recurre a un espejo para proyectarse en otros espacios y tiempos: mira mi espejo Guzmán, dijo el Señor, y el espacio del espejo comenzó a transformarse, a percutir de cielo en cielo, como un tambor que a cada golpe de las manos descubre un velo anterior, y otro anterior a este, y en cada espacio revelado por las disueltas capas de azogue deja escuchar una nueva voz. (Fuentes, 1975, p. 263)

El espejo tiene, en este caso, la función de multiplicar los espacios y los tiempos. Felipe logra ver el reflejo de diferentes épocas a través del espejo, el tiempo en el que él vive se hace múltiple para abarcar tanto el pasado como el futuro. Asimismo, la historia se ve como un teatro de espejos: “Si solo pudieras mirarte en un espejo y saber que te verás a ti mismo, no a otros hombres, otras mujeres, otros niños, inmóviles o agitados,

repitiendo siempre las mismas escenas en el teatro de los espejos" (Fuentes, 1975, p. 772).

Podemos, igualmente, interpretar la narración de simultaneidad en dos personajes de la novela: el Señor y Celestina, de la siguiente manera: Celestina resulta ser la memoria del conocimiento "total" del pasado, cuenta con su voz al Peregrino la memoria de su juventud y, al mismo tiempo, el Señor dicta a Guzmán la misma memoria de su juventud (el acto simultáneo de dos personas: una de narrar, otra de escribir); por tanto, esta memoria está narrada como si fuera "una" sola voz unida en dos voces: Señor y Celestina, y, a la vez, está escrita por la mano de Guzmán (y en otro nivel, por Julián), y todo ello está presente en los "capítulos" que van del 12 al 33.

Celestina, en cambio, como la memoria "total" del pasado, funciona más bien como espejo que "refleja" la memoria parcial del pasado del Señor. Pues, en esta narración simultánea, como en el cuadro de Velázquez *Las meninas*, se "refleja" y se "refracta", tanto la imagen de sí mismo: la del Señor, como la del otro, la de Celestina, es decir, la imagen "reflejada" en la narración es tanto la de él como la de ella, al tiempo que no es ninguna de las dos.

Figura 8. *Las meninas*, de Velázquez

Fuente: https://library.artstor.org/#/asset/SS7731421_7731421_11215965;prevRouteTS=1657751192510

Dicho de otro modo, es, a través de Celestina, quien narra al mismo tiempo que el Señor, que este puede ver su imagen del pasado, tanto en el papel como en la narración oral simultánea, como si a través de ella se viera a sí mismo en el espejo; pero, al mismo tiempo, no es ninguno de los dos, puesto que el Peregrino (Polo) escucha la narración, a la vez que Polo (el Peregrino), junto con nosotros, leemos el diálogo y lo escrito.

Hay que señalar que no se trata de solo un momento o un espacio, sino de la simultaneidad en términos temporales y de la totalidad en términos espaciales, según Čulo (2015). Esto sucede cada vez que el Peregrino cruza la frontera de “El viejo mundo” y “El nuevo mundo”.

Con sumergirse en el mar, él, realmente, se sumerge en el espacio donde se unen todos los lugares y todos los tiempos. En el París de cambio del siglo, el desfile de la gente en las calles canta canciones de manera obsesiva: “El lugar es aquí, / el tiempo es ahora, / Ahora y aquí, / Aquí y ahora” (Fuentes, 1975, p. 15).

**Lo que fuimos: el espejo de
Le obnuM ojeiV (“El viejo mundo”)**

Figura 9. Cultura mexicana



Fuente: <https://encrypted-tbno.gstatic.com/images?q=tbn:AND9GcQpCCYZVgxcPT2bw8YWjaA2UJYqV6iVuuiTvb1JCrfrnXQDRvTLyRLhV-NrDT-oNk-yzQ&usqp=CAU>

Empezar la lectura del primer momento, la primera parte o *Le obnuM ojeiV* (“El viejo mundo”), requiere un viaje o lectura cuántica al último momento, parte o capítulo, *Le Obnum ortO* (“El otro mundo”) y reconocer

o reconocernos en la lectura que hace Polo de su propia historia narrada por otros, es decir, la novela *Terra nostra*, del mismo modo como lo hace don Quijote. Se da cuenta de que él mismo es un producto literario, es decir, solo un personaje del libro. Desilusionado, espera su muerte en el último momento del mundo, mas Celestina lo salva con su memoria. En otras palabras, Polo, confundido, cuestiona a Celestina sobre su identidad, puesto que esta vez Celestina lo llama “Peregrino” y también Polo vuelve a pronunciar las palabras extrañas (el poema bautismal leído en el primer capítulo), sin que sepa por qué, como si otro hablara por él. En fin, Celestina trata de convencer a Polo de que ellos no solo leyeron la novela, sino de que la vivieron juntos a través de toda la historia escrita por fray Julián y el Cronista, como prueba de sus vidas. Al dudar Polo de la verosimilitud de su lectura (y escritura, como enseguida veremos), la cual ha sido asumida durante seis meses y medio sin salir de su cuarto, Celestina le transmite, a través de sus besos, la memoria “total” del pasado, quien recuerda toda su propia experiencia como un “ser vivo”, y no como un “producto ficticio”, o, más bien, como “ambas” cosas simultáneamente.

Bolívar, luchando por sacar a América Latina del yugo español se preguntaba qué pueblo era aquel que se liberaba. ¿Quiénes somos nosotros? No somos europeos ni somos indios. Somos una especie intermedia entre el aborigen y el español. La perplejidad del héroe retumba hasta hoy. Todos nosotros estamos preocupados en la búsqueda de

nuestra identidad. ¿Quiénes fuimos? ¿Quiénes somos?
¿Quiénes seremos? (Ribeiro, 1993, p. 5)

Todos nosotros estamos preocupados en la búsqueda de nuestra identidad. ¿Quiénes fuimos? ¿Quiénes somos? ¿Quiénes seremos? Ya en el discurso de Angostura, en la famosa carta de Jamaica de 1815, Simón Bolívar reflexionaba sobre esa disímil condición:

Nosotros ni aun conservamos los vestigios de lo que fue en otro tiempo: no somos Europeos, no somos Indios, sino una especie media entre los Aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y Europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores. Así nuestro caso es el más extraordinario y complicado. ("Discurso pronunciado por Simón Bolívar ante el Congreso de Angostura, 15 de febrero de 1819", s. f.)

Terra nostra es una novela de espejos que nos ven y espejos donde nos contemplamos como somos, como tradición y como cultura, de las imágenes que nos revelan y nos dicen quiénes somos. Ese "nosotros", no podemos olvidarlo, ni obviarlo, es el que nos da identidad.

Este primer momento trata de la situación de España, antes de conocer la existencia del Mundo nuevo.

La lectura de los espejos es un juego de correspondencias que busca incluirnos a todos en un juego de reflejos, recordemos el muro de los espejos.

El Café Le Bouquet, de suyo tan concurrido, invitaba con las puertas abiertas y las mesas y sillas sobre la acera; pero en el muro de espejos detrás de la barra solo se reflejaban las ordenadas filas de botellas verdes y ambarinas y en el largo pasamanos de cobre apenas se distinguían las apresuradas huellas digitales. (Fuentes, 1975, p. 12)

Esas huellas de lo que fuimos, de lo que somos, y de las que no tenemos memoria, que olvidamos, la idea del doble, la manipulación del reflejo y las identidades foráneas están presentes.

Corres, pero no dejas de hablarle a esa parte de ti que no reconoces. Insensato de ti; hace siglos que no ves tu propia imagen en un espejo; cuánto tiempo ha pasado sin que te reconozcas en una imagen gemela; cómo sabes si la tormenta que te arrojó a estas playas no borró tus facciones, si el corpusculoso no incendió tu piel, si las olas no te arrancaron la cabellera, si la arena no llagó para siempre tus labios y tus ojos. Tormenta y espada; corpusculoso y gusanos; olas y pólvora; arena y hacha. Extiendes tus brazos enredados en algas: cómo puedes saber qué figura ofreces al mundo y cómo puede verte el mundo a ti, naufrago, huérfano, pobrecito desgraciado de ti. (Fuentes, 1975, p. 58)

Indiscutiblemente, *Terra nostra* refleja lo que somos, nos enfrenta a un espejo fragmentado, nos cuestiona

como éramos, nos atormenta, nos enceguece, nos refracta, nos repite y resuena en nuestra memoria frágil, ajena, que nos permite ver sin vernos o, mejor, vernos sin ver que este viaje de tres mundos, muchos espejos un solo mundo, un solo espejo lo que somos y seremos, quedó consignado en el primer testamento:

Mira en mi espejo, Guzmán, dijo el Señor, y el espacio del espejo comenzó a transformarse, a percutir de cielo en cielo, como un tambor que a cada golpe de las manos descubre un velo anterior, y otro anterior a este, y en cada espacio revelado por las disueltas capas de su azogue deja escuchar una nueva voz, voz de humo, voz de estrellas. (Fuentes, 1975, p. 198)

Un viaje a la mirada de lo que somos y fuimos, que refleja o refracta lo que negamos, lo que olvidamos, el reflejo de lo queríamos ser y no éramos, pero así somos.

Tú nunca has ascendido esa escalera, ¿verdad, Guzmán?, tú no has visto el cambio reflejado en un espejo... un espejo que no sé, no sé, no sé... no sé si refleja el origen o el fin de todas las cosas... o si me dice que todas las cosas son idénticas en su origen y en su fin... pero, ¿qué cosas, Guzmán, qué cosas, haz el favor de decirme, tú no dudas, ¿tú no imaginas? (Fuentes, 1975, p. 194)

Nos negamos muchas veces, muchos siglos a aceptar qué somos, lo que queríamos ser, lo que éramos y lo

que somos, no bastó lavarnos mil veces las manos y culpar al otro cuando éramos nosotros mismos.

Borra de mi espejo la monstruosa imagen del procurador de Tiberio César, abre la boca, Guzmán, y llena de vaho mi maldito espejo para que no vea más la cara de Poncio Pilatos, verdadero fundador de nuestra religión, y su verdadero dilema. (Fuentes, 1975, p. 200)

Solo basta mirarnos en lo que nos convertimos, no era el reflejo de los otros sino nuestro propio reflejo, una América sumisa, lenta, ingenua, mendiga, temerosa.

Vete en el espejo de nuestro Señor podrido: nueva España será la nuestra, azor, sin más privilegios que los del trabajo competente, pueblo mendicante sea quien no labore, poderoso señor quien más trabaje, y esa nuestra justicia será, justa justicia, azor, posa sobre mi guante rugoso tu mano de gran llave y áspera, clava en mi cuero seboso tus dedos largos y delgados, tus uñas bien encarnadas y de buen negror. (Fuentes, 1975, p. 230)

Las identidades son un gran dilema, se busca y no se encuentra, mentira, falsedad, engaño, fragilidad, y está en nosotros, se proyecta al infinito y, al romperse, continúa, lo que somos no deja de ser.

Tomó el espejo de mano con el cual había ascendido, una mañana, los treinta y tres peldaños de la escalera inconclusa y, otro día, había interrogado, con este mismo espejo,

las figuras del cuadro traído, asegurábase, de Orvieto: quería, ahora, mirar en él al hombre que pensaba estas cosas, como si el espejo también pudiese reflejar el rostro del pensamiento, y una ráfaga de locura cruzó su cara; ¿no cayó ese mismo espejo, hecho añicos, sobre la piedra de la capilla, aquella aciaga mañana?, ¿cómo, cuándo, por qué se recompuso en sus partes, entre esa mañana y el día en que dictó su primer testamento? (Fuentes, 1975, p. 259)

Reclamamos identidad, reclamamos que nos reconozcan; pero nos miramos en los otros y no a nosotros mismos, a nuestro origen de donde procedemos, somos náufragos de la vida, lo queremos todo terminado y olvidamos el principio, cómo empezamos, cómo llegamos, quiénes somos.

Pediste un nombre, una identidad, un espejo, un rostro, Juan, el día que este hombre y esta mujer te recogieron en la playa, piensas ahora, te preguntas ahora, Juan, amortajado por una sábana, con los ojos cerrados y las manos frías y la cabeza ardiente? Y en manos, ojos y cabeza palpitan unidas memoria y premonición. (Fuentes, 1975, p. 272)

Mirarnos en la ciencia, no nuestra ciencia o nuestras creencias, convertir los espejos en espejismos de lo foráneo, extraño y extranjero; solo había que pensar, construir pensamiento, volver a los ancestros, a la lectura de los astros.

Toribio caminó lentamente de regreso a la sala repleta de lentes, condensadores, catalejos, espejos ustorios, cartas de los cielos, compases y astrolabios. Se detuvo, seguido de cerca por el interrogante fraile Julián, junto a un astrolabio, pareció admirar los limbos graduados, acarició suavemente las pínulas que alidan la esfera de metal; hizo girar el artefacto. (Fuentes, 19975, p. 306)

Sus diseños en espiral equivalentes a los laberintos (el mundo como laberinto) y juegos de espejos del barroco y el manierismo.

No se trata de la reaparición idéntica de un motivo, sino de la permanencia de este en medio de los cambios narrativos sorprendidos, según se ve, en la miliunano-chesca *Terra nostra*.

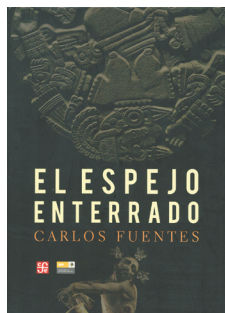
Lo que somos: el espejo, *Le oveuN obnuM* ("El mundo nuevo")

Figura 10. México futuro



Fuente: <https://thumbs.dreamstime.com/z/mapa-mexicano-de-formas-hexagonales-abstractas-futuristas-l%C3%ADneas-puntos-negros-en-forma-peine-miel-o-estructura-molecular-vector-166156436.jpg>.

Figura 11. El espejo enterrado.



Fuente: Fuente: Fondo de Cultura Económica.

Este segundo momento, capítulo o parte, este *Le oveuN obnuM* (“El mundo nuevo”), plantea lo que pudo haber sido y no fue, necesidad de reconstrucción de lo que hemos sido y no hemos dejado de ser, historia que pudo ser y no fue, pero que reclama ser, visión cuántica de soñarnos en el futuro, a lo Ray Bradbury, visualizarnos para poder solucionar, encuentro de lo mítico y lo científico, y dimensionar al hombre sobre sí mismo como hombre. Un mundo simbólico, sígnico, mítico, metafórico, en el imaginario del Nuevo Mundo. Reconocer al otro, a los otros, y reconocernos en el otro, es la aceptación de lo que somos y queremos ser, es desprendernos de lo que no somos y hemos sido.

El fantasma se incorporó repentinamente, se irguió hasta mi altura y me miró directamente a los ojos: yo me vi a mí mismo. El ser del bosque tenía mi propia cara, mi propio

cuerpo, era mi exacto doble, mi gemelo, mi espejo. (Fuentes, 1975, p. 421)

En la peregrinación o el retorno a las fuentes, se recurre a las palabras invertidas (imagen en el espejo: el espejo como otro gran motivo) para anunciar, espejo de la tierra, de lo nuestro, de lo propio, de lo que dejamos, de lo que perdimos, de lo que destruimos, eso que somos y no fuimos.

Este es, en verdad, el señor de la noche, el caprichoso y cruel espejo humeante, que perdió un pie el día de la creación, cuando él arrancó a nuestra madre la tierra de las aguas y la tierra madre nuestra señora le arrancó el pie con sus articulaciones; este es el otro, la sombra, el que siempre mira sobre nuestros hombros y nos acompaña a todas partes, el que arrancó a la tierra de las aguas de la creación, y agotado y mutilado, no tuvo ya tiempo de darle la luz a la tierra y en la luz ve al enemigo que se burla de su esfuerzo y sacrificio: de las aguas y en las sombras nació la tierra, y solo porque primero hubo tierra y hubo sombra, luego pudieron existir la luz y los hombres y así el espejo humeante reclama la muerte de los hombres para recordarles que de la tierra y la sombra emergieron, y así castigar su orgullo. (Fuentes, 1975, p. 435)

Hasta que, al fin, se miró en su origen el verdadero espejo, el espejo interior, el puro, no el artificio, el espejo nativo, el ancestral, el nuestro, el espejo humeante.

Mira, te digo que mires; mira los espejos de esta vara, que es la de nuestro señor Xipe Topee, el dios desollado, el que da su vida por la siguiente cosecha, el que escapa de sí mismo al escapar de su piel; mira en los espejos de su vara, y tendrás respuesta a tu pregunta. (Fuentes, 1975, p. 471)

El encuentro con sí mismo, con la naturaleza del ser latinoamericano, la hora del desprendimiento, de comenzar, de verse en lo que nos habíamos convertido y dejado de ser.

Señor: supe entonces que debía huir, que empezaban a contar los veinte días de mi carnícera vida bajo el sol de México, que me quedaba un solo día para huir de ese destino, negarlo con mi ausencia, regresar al mar, regresar a mi verdadera guía, Venus, asirme a su velamen y en el mar salvarme o ahogarme, pero jamás sujetarme al destino que olvidé y que los espejos de la vara me recordaron. (Fuentes, 1975, p. 474)

Mirar el mundo a partir de lo metafórico. Una manera de conocernos y de saber, de pensar lo nuestro desde los problemas universales. Todo ello converge en un hilo conductor de voces, ecos y sentido de palabras que atrapan lo que somos, del Nuevo Mundo:

Abrí los ojos. El Señor de la Gran Voz tenía la vara en su puno izquierdo, y se mantenía apoyado contra ella. Este era ahora su bastón.

Bastón de luces: cada espejo brillaba, y cada brillo era una terrible escena de muerte, degüello, incendio, espantable guerra, y en todas yo era el protagonista, yo era el hombre blanco, rubio, barbado. (Fuentes, 1975, p. 478)

Lo que seremos: el espejo de *Le obnuM ortO* (“El otro mundo”), nosotros

En este tercer momento o tercera parte, *Le obnuM ortO* (“El otro mundo”), España sabe de la existencia de nosotros, *Le oveuN obnuM* (“El mundo nuevo”). Se niega a aceptarlo, porque siente que se aproxima el caos de su existencia.

“Existe un mundo nuevo, del otro lado del mar”

[...] nononono, España cabe en España, ni una pulgada más de tierra, todo aquí, todo dentro de mi palacio, alívame, Señor Mío, Dios y Hombre Verdadero, mírame postrado de vuelta ante tu altar de misterios, óyeme esta vez, contéstame esta vez, asegúrame que cuanto existe en la materia y el alma del mundo ya está contenido en este mi palacio, la razón de mi vida, la duplicación de cuanto existe, encerrado aquí, conmigo, para siempre, yo el último, yo sin descendencia. Aquí en este reducido espacio, aquí a mi mano, todo, todo, todo, no en una extensión sin límite, inalcanzable, multiplicada, el mundo se me escapa de las manos, vida breve, gloria eterna, mundo inmóvil, aquí, no me cabe una idea más, un terror más, una alegría más, un desafío más, todo, aquí, todo cercado por los muros de mi mausoleo, aquí el lujo, aquí el duelo, aquí la guerra del alma, el arte, fray Julián, la ciencia, fray Toribio, el poder,

Guzmán, el honor, Madre mía, la perversión, el juego y el placer, Señora mía, el amor, Inés, tu propio proyecto de salud eterna y redención humana. (Fuentes, 1975, p. 494)

Se entrelazan las voces para anunciar lo que deberemos ser, lo que no está escrito, el tercer pergamino de la tercera botella, la tercera oportunidad, la otra historia que debemos escribir nosotros, no para repetir la historia, nuestra historia, sino la nueva historia de la humanidad, y, al despertar de nuestro sueño, nunca jamás revivir la misma pesadilla.

[...] oh, nononono, nada salvaré así, si el mundo nuevo existe, debe ser destruido, porque jamás he escuchado razón que tan ferozmente se burle de la mía: un mundo, dijo ese muchacho, un mundo en el que el orden natural debe ser recreado cada día, pues su vida depende del sol y la noche y el sacrificio; un mundo que perece con cada crepúsculo y debe ser reconstruido cada aurora; nononono; el fin de mi mundo, fijado para siempre, para siempre ordenado por el poder el crimen la herencia mi mundo igual a mi palacio el nuevo mundo lo más disimilar: lo otro, lo incomprensible, lo proliferante, flor de un día, muerte cada noche, resurrección cada mañana, lo mismo que vi en el espejo al ascender las escaleras, todo cambia, nada muere totalmente, nada se desperdicia, todo resucita transformado, todo se alimenta de todo, la extinción es imposible, todo se repite, oh mis teoremas, oh mis filosofías, quedaría desnudo, vencido, en verdad vencido, pues cuanto yo ofrezco al mundo para que el mundo diga

no puedo pagarte, has ganado, tu extinción es mi derrota, yo seguiré viviendo, tú has logrado extinguirte, me has matado pues al morir tú yo muero para ti, pues al morir tú nada puedo convocar que tu lugar ocupe, nada es si ahora un vil mozo me ofrece un mundo entero, un nuevo mundo, Dios mío, ¿con qué pagaría yo semejante ofrenda, con qué retribuiría don semejante?, ¿con qué llenaría el espacio del mundo nuevo?, ¿cuántos crímenes, amores, afanes, batallas, persecuciones, sueños y pesadillas no debería vivir de vuelta antes de poder llegar, otra vez, a esta concentración de temblorosa aguja que es mi existir entero? Oh Señor mío que me escuchas, dime por fin la verdad: ¿si conquisto al mundo nuevo, no lo conquistaré, seré conquistado? (Fuentes, 1975, p. 499)

Con la apertura de España hacia lo desconocido, muere la utopía de Felipe. El mundo que durante muchos años trataba de cerrar, de negar su diversidad, con el fin de ajustarlo dentro de los confines de El Escorial, se multiplica infinitamente y deja a Felipe solo en su tumba. La dinastía de España se derrumba junto con el cuerpo de Felipe y contamina al Nuevo Mundo con su plaga:

—Señor: construya el infierno en el nuevo mundo; levante su necrópolis sobre los templos paganos; congele a España fuera de España; su triunfo será doble; no habrán visto los tiempos nada igual; nadie podrá superar vuestro don: el universo entero consagrado a la mortificación y a la muerte; nadie, Señor...; levántese vuestra razón de piedra y dolor sobre ambos mundos, el viejo y el nuevo; —El nuevo

mundo. Guzmán; oíste a ese muchacho; un mundo que debe rehacerse cada día, al aparecer el sol; —Destruirlo, Sire, convertirlo en espejo de España: que cuantos en él se miren, miren la inmóvil piedra de la muerte, la estatua inmóvil, para siempre fija, de vuestra eterna gloria; —Amén, Guzmán, amén; —El nuevo mundo cabrá en vuestras tumbas. (Fuentes, 1975, p. 503)

**Tres mundos, un solo mundo,
Terra nostra... somos nosotros**

Le obnuMortO ("El otro mundo") es la mirada al origen, al fin, al todo, a la unidad, al otro o a lo otro.

Tres lados tiene el triángulo. Uno es la raíz de todo. Dos es la negación de uno. Tres es la síntesis de uno y dos. Los contiene a ambos. Los equilibra. Anuncia la pluralidad que le sigue. Es el número completo. La corona del principio y el medio. La reunión de los tres tiempos. Presente, pasado y futuro. Todo concluye. Todo se reinicia. (Fuentes, 1975, p. 528)

Hay que vencer los espejos, para afrontar los laberintos narrativos que nos ofrece Fuentes. Toda la novela es una interrogación permanente, duda infinita, posibilidad de conocimientos, vías construidas para nuevas posibilidades del descubrimiento del otro que permanece oculto y que hay que mirar en la oscuridad cuando nos miremos al espejo sin mirarnos o sin mirarlos para ser nosotros mismos.

Reconocernos es pensarnos en lo que fuimos, somos y seremos. “Nos reconocemos a nosotros mismos cuando reconocemos al otro y sus valores, pero nos negamos y aislamos cuando negamos o aislamos los valores ajenos” (Fuentes, 1991, p. 73).

Fuentes construye el mundo narrativo de *Terra nostra* en un esfuerzo para abarcar la totalidad de la realidad. La realidad del presente, pero también la realidad de lo posible.

La imaginación es la alternativa para ser nosotros mismos y no esperar acciones mesiánicas de ninguna clase, ni vivir la vida de otros.

Yo solo miro lo que da vida al inasible espíritu y la yerta materia: la imaginación.

[...]

—¿Dónde, fraile?

—En el nuevo mundo, en la tierra virgen donde el conocimiento puede renacer, despojarse de la fijeza del icono y desplegarse infinitamente, en todas las direcciones, sobre todos los espacios, hacia todos los tiempos. (Fuentes, 1975, p. 625)

Podemos soñar ser hombre del otro mundo, verdaderos latinoamericanos, pensarnos y aceptar ser incluyentes y aprovechar lo que el Viejo Mundo nunca valoró, que convergieran en él tantas posibilidades, lo diverso, lo polifónico, lo alterno.

No hay otra tierra de este viejo mundo que posea ese don: ser la casa común de tres culturas y tres fes distintas. En vez de perseguirles y expulsarles, busca la manera de que convivan con cristianos y los tres eslabones harán tu verdadera fortaleza. (Fuentes, 1975, p. 631).

En el último momento, en el Otro Mundo hay un lugar en la novela para pensar América Latina desde su literatura, sus pensadores en el fragmento la última ciudad, la narración nos permite mirarnos en nuestros espejos literarios, y preguntarnos, como lo hizo Fuentes al evocar en las voces latinoamericanas el pasado, el presente y el futuro atrapados todos en un espectro roto que refleja el sentir de *a que hora se jodió todo*:

Oliveira, Buendía, Cuba Venegas, Humberto el mudo, los primos Esteban y Sofía y el limeño Santiago Zavaiita, que se la vivía preguntándose en qué momento se jodió el Perú y llegó también a París, refugiado como todos los demás y preguntándose como todos los demás, con excepción de la rumbera cubana, ¿a qué hora se jodió la América Española? No los has vuelto a ver. Si existen aún, hoy andarán declarando, contigo, el Perú jodido, Chile jodido, la Argentina jodida, México jodido, el mundo jodido. Hoy: el último día de un siglo agónico. Hoy: la primera noche de los próximos cien años. Aunque saber si 2000 es el último año de la centuria pasada o el primero de la venidera se presta a infinitas discusiones: vivimos dentro de un espectro roto. (Fuentes, 1975, p. 768)

Y para no dejar que nuestro mundo, esa nuestra *Terra nostra*, se disuelva como “El viejo mundo” y “El mundo

nuevo”, imaginemos *otro mundo*, soñemos, donde la memoria sea recordar viviendo.

Mira, te digo, a los hermanos en esa historia...

—Pero ahora son tres. El hermano no matará al hermano, porque si muere uno, los otros dos no recordarán, ni entenderán, ni querrán. Mira, entiende, Felipe: por primera vez tres hermanos fundan una historia; tres, el número que resuelve las oposiciones, la cifra fraternal del encuentro y el mestizaje, la disolución de la estéril polaridad del número dos: entiende, y dales cabida en historia. (Fuentes, 1975, p. 606)

Aunque el laberinto de *Terra nostra* parece caórdico, no hay que olvidar que, detrás del caos de voces, los estilos y las líneas narrativas entrelazadas de esta novela muy compleja, se establecen el orden, la simetría, una variedad de juegos de espejos, simultaneidades y cábalas. Los números en la novela son uno (que significa la unidad, lo hermético, representado en “El viejo mundo”), dos (que significa la circularidad, el contraste y la negación, representado en “El nuevo mundo”) y tres (que significa triángulo, equidad y posibilidad, representado en el otro mundo). O como describe Ordiz (1991):

Lo “uno” desde el punto de vista mítico se relaciona con el Edén originario, en tanto que lo múltiple se asocia a la dispersión nacida tras la “caída”. Por ello, en el ámbito del primer término de la dicotomía entran figuras como el propio andrógino o los valores simbólicos que se les otorga a números como el 1 o el 3, que se explican en el

relato a través de la perspectiva de la Kábala hebrea. Por el contrario, el número 2 o los míticos “hermanos enemigos” pertenecen al mundo de la dualidad y la dispersión. Esto contribuye a comprender más en profundidad distintos episodios de *Terra nostra*; así, los portadores del estigma del Mesías son también los abanderados de la unidad, los encargados de recrear ese paraíso en el fin de tiempos. Por ello también el gran enemigo del peregrino del nuevo mundo, así como de Quetzalcóatl, es su propio hermano, Tezcatlipoca, que establece una estéril y eterna pugna de fuerzas enfrentadas, y quizá también por esta razón son tres y no dos los naufragos que llegan a lo dominios de El Señor. Finalmente, la unidad originaria queda restaurada en el acto final. (p. 101)

Referencias

- “Al Espejo” vs. “En el Espejo”. (1952). *Hispania*, 35(2), 224-224. <http://www.jstor.org/stable/333219>
- Arriagada-Kehl, E. (2002). Caminos para pensar Latinoamérica. *Logos: Revista de Lingüística, Filosofía y Literatura*, 12, 75-115.
- Čulo, I. (2015). *La metaficción historiográfica en la novela Terra nostra de Carlos Fuentes* [tesis de grado, Sveučilište u Zagrebu]. <https://core.ac.uk/download/pdf/299373085.pdf>
- Discurso pronunciado por Simón Bolívar ante el Congreso de Angostura, 15 de febrero de 1819. (s. f.). Atlas histórico de América Latina y el Caribe. <http://atlaslatinoamericano.unla.edu.ar/assets/pdf/>

- tomo1/fuentes/25-discurso-simon-bolivar-congreso-angostura.pdf
- Fuentes, C. (1975). *Terra nostra*. Seix Barral.
- Fuentes, C. (1991). *Ceremonias del alba*. Mondadori.
- García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo.
- García Márquez, G. (2017). *Cien años de soledad*. Alfaguara.
- Juan-Navarro, S. (2002). El teatro de la memoria de Carlos Fuentes. En *Postmodernismo y metaficción historiográfica: Una perspectiva interamericana* (pp. 91-97). Universitat de València.
- Marías, F. (2021, 8 de junio). *Las meninas, el triunfo de la pintura*. National Geographic. https://historia.nationalgeographic.com.es/a/meninas-triunfo-pintura_15378
- Magris, C. (2001). *Utopías y desencanto: Historias, esperanzas e ilusiones de la modernidad* (J. A. González Sainz, trad.). Anagrama.
- Mella, J. A. (1926). *Glosas al pensamiento de José Martí: Un libro que debe escribirse*. <https://revistas.marilia.unesp.br/index.php/novosrumos/article/download/9577/6096/>
- Ospina, W. (1998). En busca de América Latina. *Cambio* 16, 242, 36-37.
- Ospina, W. (2006). *América mestiza*. Aguilar.
- Rama, Á. (2008). *Transculturación narrativa en América Latina*. El Adariego.
- Ribeiro, D. (1993). *La cultura latinoamericana*. En *Antropología latinoamericana*. El Búho.

- Rodríguez Carranza, L. (1991). *Un teatro de la memoria: Análisis de Terra nostra de Carlos Fuentes*. Leuven University Press.
- Vasconcelos, J. (1958). *La raza cósmica: Misión de la raza iberoamericana*. Agencia Mundial de Librería.
<https://biblioteca.org.ar/libros/1289.pdf>
- Young Mee, P. (2004). *Terra nostra de Carlos Fuentes: Claves para una nueva lectura (segunda parte)*. *Contribuciones desde Coatepec*, 6, 31-53. <https://revistacuatepec.uaemex.mx/article/view/79>

A manera de conclusión

Todos nosotros estamos preocupados por la búsqueda de nuestra identidad. ¿Quiénes fuimos? ¿Quiénes somos? ¿Quiénes seremos? Pensar América Latina desde la literatura implica hacerlo desde diferentes perspectivas, e indagar sus temas y problemas.

Abordar la literatura latinoamericana moviliza todos los saberes, establece relaciones con todas las disciplinas y las artes; en esta medida, se piensa a través de las obras, los autores y los lectores que hablan sobre ella.

Se requieren lectores activos, que propicien una inmensa reflexión sobre América Latina, sobre lo que somos, sobre lo heredado, sobre lo que vendrá.

¿Es la literatura hispanoamericana un signo propio, una marca diferenciadora de nuestra identidad? El problema de la identidad en América Latina no es nuevo. Desde hace siglos la pregunta por lo que somos, por nuestro lugar en el mundo, por nuestra voz, se ha venido planteando, desde ámbitos y perspectivas distintos. Una extensa lista de críticos y pensadores

de nuestros países han asumido la tarea y hoy son múltiples las posibilidades de respuestas que encontramos.

La literatura siempre ha contribuido a la invención y construcción de la imagen de lo nacional y lo internacional; en muchos sentidos, la construcción de imágenes literarias ha tenido una función de memoria histórica y también de memoria ficcional, creando universos simbólicos que se convierten en patrimonio de la humanidad.

Qué mejor oportunidad para pensarnos, o reconstruirnos desde nuestra historia, nuestra identidad, nuestra lengua; encontrarnos con lo nuestro, lo propio, lo auténtico, lo que somos, lo que hemos sido y lo que seremos. De lo que se trata es de pensarnos a, pero, desde el horizonte histórico y cultural de nuestra propia realidad, desde la literatura.

Analizar las obras literarias latinoamericanas remite necesariamente al hombre latinoamericano, a su pensamiento y a su cultura, a su realidad real y ficticia, y a sus diversos problemas y relaciones.

En *Terra nostra*, de Carlos Fuentes, están varios lugares e historias comunes propios de América Latina, territorios que se pueden entender como formas de pensamiento; es posible distinguir pensamientos que nos identifican y otros que cuestionan nuestro lugar en el mundo.

Obras como *Terra nostra* son una fuente de riqueza simbólica, histórica, local y universal. Heredero de esa larga tradición de la escritura y la literatura españolas

es Fuentes, quien, como se anotó, en *Terra nostra*, hace gala de una admirable y desmesurada erudición.

Muchos años después de la publicación de *Terra nostra*, Fuentes continúa reflexionando sobre esa historia que puso frente a frente al Viejo y al Nuevo Mundo, sobre su lengua española, sus herencias, su condición de creador, sus palabras.

Fuentes invita al lector a una inmersión en el pasado a partir de “crónicas muy antiguas”, manuscritos y pliegos que recoge la novela en cada una de sus tres partes. La estructura narrativa de *Terra nostra* se encuentra permeada de personajes de tres obras pilares del Siglo de Oro español, que comprende, desde 1499, año de la publicación de *La Celestina*, hasta 1605, fecha de publicación de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. En medio de estos dos personajes, se encuentra don Juan Tenorio, personaje de *El Burlador de Sevilla y convidado de piedra*, de Tirso de Molina, publicada en 1630. Junto con Tirso, se encuentra la influencia de *Don Juan Tenorio*, de José Zorrilla, publicada en 1844. Pero también Miguel de Cervantes funge como personaje en la figura de *El cronista*.

La estructura narrativa, pero, en especial, la estructura mítica de *Terra nostra*, se constituye en un corrolato de las aventuras y del cumplimiento de las pruebas que asume el héroe, en la segunda parte “El nuevo mundo”. La sabiduría, el conocimiento con que el Peregrino regresa al “El viejo mundo”, proporciona las claves, no solo para dilucidar la gran complejidad de la obra, sino también para comprenderla en toda su magnitud;

igualmente, el interés para comprender qué es *Terra nostra* y el porqué de esa necesidad de poner fin a la Historia que surge como conclusión de la novela.

Cuatro decenas de personajes se pasean por sus más de 700 páginas y 144 capítulos que dividen el libro o, mejor dicho, el monumento en tres partes (o tres movimientos, si queremos hablar de sinfonía): “El viejo mundo” (el de la realidad y los sueños), “El mundo nuevo” (el de las maravillas) y “El otro mundo” (el de los recuerdos y las nostalgias, el de la otra vida).

Terra nostra puede ser calificada de difícil, compleja, fragmentada, desordenada, caótica, universal, total; no obstante, resulta ser un interesante experimento narrativo, un ejercicio cuántico narrativo, una alternativa narrativa de reconstrucción de mundos paralelos, tres mundos, un solo mundo, una cultura. Y nos referimos no solo a la realidad espacial del mundo físico, sino también a la realidad temporal, un bucle intertemporal; la novela nos da la impresión de que vemos el reflejo de tres mundos en un solo mundo que los integra, un mundo total, reproducción del mundo entero, un microcosmos más allá del cual no hay nada. Un mundo cerrado, un mundo de cambio, de utopías, “El viejo mundo”, “El nuevo mundo” y “El otro mundo” juntos son la *Terra nostra*, una propuesta caórdica, mezcla de caos y orden.

En *Terra nostra*, el espacio y el tiempo se inventan. Se relatan tiempos simultáneos para conformar remolinos que se forman entre sí, bajo el principio del azar y la incertidumbre. Es un viaje desde nuestro origen

hispano (hace 25 000 años en Altamira) hasta hoy. Fuentes nos pone en la mano un espejo, no ahumado como el de Quetzalcóatl, sino diáfano, para que podamos ver en él toda nuestra Historia y nuestra tragedia. Es, quizá, el libro clave para los estudios culturales y para apuntalar una filosofía de la cultura en lo que nos concierne.

Terra nostra responde a casi todas nuestras preguntas sobre nuestra identidad desde el fondo de la Historia. ¿Quiénes somos? ¿Qué somos? ¿Qué hemos hecho? ¿Hacia dónde vamos? ¿Cómo una cultura (se) construye, (se) transforma y (se) destruye?

Podemos soñar ser hombre del otro mundo, verdaderos latinoamericanos, pensarnos y aceptar ser incluyentes y aprovechar lo que el Viejo Mundo nunca valoró, que convergieran en él tantas posibilidades, lo diverso, lo polifónico, lo alterno.

Tal vez por eso el pensar latinoamericano esté mostrando que lo que se llama “pensar desde” algún territorio como América Latina implica “pensar” de forma diferente. Pensar distanciándonos de la centralidad de la modernidad europea, y pensarnos desde fuera de ella, desde lo que ella siempre ha negado y excluido.

Pensando en lo que significó el *boom* latinoamericano, si todo “boom” es un estallido, ha de tener, asimismo, un *crash*. Para ese efecto final después de la explosión, es admisible postular, por ejemplo, *El otoño del patriarca*, de García Márquez, publicada en 1975. Entonces, el arco temporal del *boom* sería de trece años.

Se diría que después de esta novela, poco o nada quedaba por hacer en cuanto a técnicas narrativas y experimentación formal, características esenciales de las obras del movimiento. Sin embargo, como se vio, en 1975, también se publicó la novela de Fuentes, de la que nos hemos ocupado a lo largo de este libro, y también cabe pensar respecto de ella lo mismo que se piensa respecto de la novela de García Márquez, salvo el detalle de que esta está escrita sin signos de puntuación. Pero *Terra nostra* es más aventada, más enciclopédica y más inmensurable, por todos los argumentos que hemos venido dando. Podemos colegir que, con *Terra nostra*, Fuentes le cerró las posibilidades de innovar al resto de escritores latinoamericanos; la narrativa del *boom* llegó a su límite con esa novela, ¡crash!

Queda claro que con *Terra nostra* se abren más posibilidades para entender tanto nuestro origen hispánico como nuestro destino latinoamericano; con *Terra nostra*, podemos apuntalar mejor nuestra identidad e interpretar mejor nuestra realidad.

Con *Terra nostra*, nos podemos permitir sentimientos de orgullo respecto de nuestro idioma y sentimientos de mucha seguridad respecto de la calidad y grandeza de nuestra literatura, y también de las posibilidades y los alcances de nuestra imaginación. Es el gran monumento (en sinergia con El Escorial) de las letras hispánicas y el prefacio de la posmodernidad latinoamericana.

“Dejó de nevar, y al día siguiente brilló un frío sol”.

Sobre los autores

Myriam Jiménez Quenguan

Doctora en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid. Docente investigadora de la Universidad Santo Tomás, Facultad de Filosofía y Letras.

Correo: myriam.jimenez@usantotomas.edu.co

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0807-6037>

Rubén Darío Vallejo Molina

Doctor en Educación por la Universidad de La Salle, Costa Rica. Docente investigador de la Universidad Santo Tomás, Facultad de Filosofía y Letras.

Correo: rubenvallejo@usantotomas.edu.co

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2659-3313>

Jorge Iván Parra Londoño

Magíster en Literatura Hispanoamericana por el Instituto Caro y Cuervo. Docente investigador de la Universidad Santo Tomás, Facultad de Filosofía y Letras.

Correo: jorgeparral@usantotomas.edu.co

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5990-654X>

Índice temático

A

América 10-11, 13-17, 24-30,
32-46, 58, 66, 90, 94-97, 100,
102, 104, 111, 117, 121, 132,
134-135, 137-138, 141

Afrodescendiente 13, 19

Alteridades 20

Águila 52

Azteca 52-53, 67, 80-84,
86-87, 112

Años 17, 31, 35, 37, 45, 50, 55,
58-59, 63, 64, 68, 86, 89, 98,
106, 107, 112, 129, 132, 135,
139, 141

Ancestral 22, 125

B

Barroco 61, 89, 123

Botella 104, 112, 119, 128

Boom 31, 67, 69, 70, 141-142

C

Creación 12, 29, 64, 87, 95, 125

Cultura 14, 16, 18, 22, 25, 27-29,
33-35, 38, 43-46, 62, 68, 75,
89-91, 93-95, 98, 100, 101, 104,
109, 116, 118, 124, 135, 138,
140-141

Católicos 54, 62, 66, 75

Comparada 13, 14, 23, 27, 38, 45

Caórdico 103, 133

Caosmos 19

Caótico 19, 103

Creencias 18, 34, 74, 122

Crítica 17, 23, 31, 37-39, 43, 45,
74, 89, 90

Conquistado 40, 50, 129

Carta 43, 60, 78, 96, 118

Crónica 78, 97

Conquistador 40, 50, 82-83

Ciudad 31, 34, 50-53, 79, 80, 110,
112-113, 132

Cuántica 116, 124

Complejo 51

D

Dictaduras 20, 36
 Decolonial 28
 Colonia 27
 Descubrimiento 41, 58, 62, 66,
 75, 78, 80, 102, 111, 130
 Diversidad 13, 15, 43, 96, 129
 Discurso 22, 28, 42, 46-47, 87, 89,
 96-97, 118, 134-135
 Desconocido 129

E

Escritor 12, 33, 37, 66
 Española 12, 13, 19, 54, 62, 65,
 67-69, 75, 79-80, 83, 86, 95, 97,
 132, 139
 Espejo 21-22, 45, 61, 87, 89-90,
 101, 105, 111-116, 119-125,
 127-128, 130, 134, 141
 Escenografía 22, 105
 Estética 11, 19, 34, 40
 Escorial 57, 65-67, 69, 72, 74, 101,
 129, 142
 Europa 41, 74, 95-96, 104
 Espacio 18, 72, 78, 106-107,
 111-113, 115-116, 120, 127, 129,
 140
 Extraño 81, 122

F

Filosofía 13, 16-17, 35-36, 44, 76,
 89, 128, 134, 141, 143

Ficticia 18, 138
 Futuro 21, 55, 65, 104-107, 113,
 123-124, 130, 132
 Felipe II 56-57, 59, 61, 64-65, 69,
 73, 75, 90
 Fanatismo 58, 75
 Falansterio 72
 Fragmentado 119
 Foráneo 122

H

Historia 12, 14, 29-32, 37, 39, 56,
 58, 64-67, 69, 75, 77-78, 80,
 85-86, 88-89, 94-95, 98-99,
 103-104, 106, 109, 111-113, 117,
 124, 128, 133, 135, 138-141
 Humano 16, 18, 20, 29-30, 88
 Humeante 112, 125
 Huellas 90, 119
 Héroe 55, 117, 139

I

Identidades 11, 13, 15, 20-21,
 26, 29, 40, 50, 93-94, 96, 98,
 119, 121
 Imagen 11, 15, 20-21, 26, 29, 39,
 52, 82, 86, 112, 114-115, 119, 121,
 125, 138
 Indígena 13, 19, 22, 83, 86-89
 Ideologías 11, 13, 37
 Investigación 11, 13-15, 17, 19-21,
 39-40

Imperio 54, 80, 82-84, 86, 88-89
 Imaginario 11, 14, 18, 124
 Inmersión 139

J

Juego 82, 106, 111, 119, 128

L

Literatura 11, 1323, 25-28, 31, 32,
 34-39, 42-46, 61, 69, 86, 88, 90,
 94-95, 97-100, 108, 132, 134,
 137-138, 142-143
 Latina 11-17, 25-30, 32-40, 42-46,
 90, 94-95, 97-98, 100, 111, 117,
 132, 134-135, 137-138, 141
 Latinoamericano 11-12, 14-16, 18,
 28, 31-32, 34-35, 40, 43-44, 67,
 75, 94, 97, 126, 135, 138, 141-142
 Lenguaje 13, 19, 21-22, 24, 31-32,
 38, 40-41, 69, 95, 99
 Lengua 12, 17, 19-20, 22, 30-31,
 39, 40, 69, 96
 Libertad 28, 36, 64, 76, 95
 Lugar 12, 28, 36, 38, 50, 52, 63, 75,
 78, 97-98, 101, 104, 106, 108,
 112, 116, 129, 132, 137-138
 Lector 12, 16-18, 30, 33, 38, 64,
 66, 103-104, 108-109, 112, 139
 Laberintos 123, 130

M

Memoria 11, 15, 20-22, 26, 29, 39,
 77, 99, 103, 105-108, 114, 117,
 119-120, 122, 133, 135-136, 138
 Mito 20, 33, 39, 46, 54, 66-67,
 86-87, 95, 97
 Mundo 12-13, 15, 17-22, 30, 32-33,
 36-38, 41, 46, 49-50, 53-56, 62,
 64-65, 67, 75, 78, 82, 85-90, 93,
 96, 100-105, 107-109, 111-112,
 115-120, 123-124, 126-134,
 137-141
 Modernidad 31, 35, 45, 97,
 135, 141
 México 33, 45, 51-52, 64, 78, 81,
 86-88, 91, 123, 126, 132
 Moctezuma 81, 83, 87-88
 Monumentos 74
 Monasterio 54, 71-74
 Monarquía 65-66, 75
 Momentos 19, 57, 102, 104, 111
 Metafórico 124, 126

N

Nostra 11-13, 15-16, 18-22, 25-26,
 29-34, 37-40, 44-46, 49, 56,
 61-64, 66-67, 75, 78-79, 81, 87,
 88-90, 93, 100-101, 103-107,
 109, 111-113, 117-119, 123,
 130-131, 133-135, 138-142
 Nuevo 12, 15, 19, 22, 30, 32-33, 42,
 46, 54, 62, 65-67, 75, 78, 85-86,

- 88-89, 94, 100-102, 104-105,
107, 111, 115, 118, 123-124,
126-131, 133-134, 137, 139-140
- Nuestro 12, 21, 28, 35, 38, 43, 53,
60, 64, 74-75, 80, 86, 88-89,
90, 94-95, 97, 99, 106, 108, 111,
118, 121-122, 125-126, 128, 133,
137-138, 140, 142,
- Narrativa 14, 20, 22, 32-34, 46,
69, 101, 104, 135, 139-140, 142
- Cabalística 33, 103
- Novela 12, 15-17, 19-20, 29-34,
39, 55-56, 58, 61-68 70, 72-76,
78, 80, 85, 89, 97, 101-103,
106-110, 114, 117-118, 130,
132-134, 139-140, 142
- Náufrago 68-69, 112, 119,
122, 134,
- O**
- Obra 11-21, 29-30, 32-34, 37-38,
40, 46, 54, 62-63, 66-67, 75,
86-87, 89-90, 100, 102, 109,
112, 139
- Otros 11-12, 15-16, 20-21, 26, 38,
40, 42, 49-50, 62, 66, 80-81,
83, 87, 94, 96, 110, 112-113, 115,
117, 121-122, 124, 131, 133, 138
- Olvido 28, 36
- Oro 22, 54, 61, 68, 79, 89, 139
- Origen 52, 55, 89, 95, 98, 106-107,
120, 122, 125, 130, 140, 142
- Oculto 130
- Oscuridad 130
- P**
- Pensamiento 11-18, 20, 27-28,
30, 35-36, 38-40, 42, 44-45, 73,
94-95, 122, 135, 138
- Pensar 11, 12, 14-17, 25-28, 31-32,
34-37, 39-40, 42, 44, 63, 90,
94-95, 97, 122, 126, 132, 134,
137, 141-142
- Palabra 21, 82, 98, 100
- Pasado 21, 30-31, 41, 43, 59, 64,
95, 99, 103-108, 110, 113-115,
117, 119, 130, 132, 139
- Presente 21, 31, 41, 60, 100,
103-107, 109, 111, 114, 130-132
- Posible 11-12, 14-15, 17-18, 26,
29-30, 35-36, 38, 41, 43, 52-53,
66, 80, 82, 90, 131, 138
- Poder 30-31, 34, 36-37, 43, 45,
54-55, 57, 76, 79, 88, 95, 124,
127-129
- Personajes 18, 31-32, 43, 56,
61-63, 66-70, 86-87, 106, 110,
112, 114, 139-140
- Poética 69, 74, 86-87,
- Pergamino 128

R

- Relación 11, 15-17, 20-21, 29,
33-34, 38-42, 49-50, 62, 66,
80-82, 94, 98, 109, 111
- Reconstrucción 11, 14-15, 20, 26,
30, 43, 93, 100-101, 103-104,
124, 140
- Realidad 14, 17-19, 25, 27, 29, 34,
35, 37, 39, 50-52, 56, 58, 61, 65,
67, 69, 72, 87, 94-96, 98, 101,
112, 131, 138, 140, 142
- Rey 52, 54, 56-57, 64, 68-69, 74,
76, 81
- Reina 59
- Renacimiento 44, 61
- Reflejos 119
- Recuerdos 52, 67, 108, 140,

S

- Somos 11, 15, 20-22, 26-27, 30,
33, 35-37, 39, 42-43, 45, 50, 59,
80-81, 86, 89, 93-100, 105, 111,
117-126, 130-131, 137-138, 141
- Seremos 11, 15, 22-22, 26, 36, 39,
42, 93-96, 100, 105, 111, 118,
120, 127, 131, 137-138
- Ser 13-14, 16-17, 22, 28-30, 34-35,
40-41, 43, 50, 54-55, 58, 61, 64,
66, 74-75, 94-97, 100, 103, 108,
110-111, 114, 117, 120-121, 124,
126, 128, 130-132, 140-141
- Sujeto 39, 41, 66

- Serpiente 52, 86, 87,
- Siglo 22, 30, 54, 58, 61, 75-76, 89,
91, 95, 102, 106, 116, 132, 139
- Soñador 109
- Soñado 109
- Simultáneo 114
- Simbólico 34, 124
- Sígnico 124
- Simetría 133

T

- Terra 11-13, 15-16, 18-23, 25-26,
29-34, 37-40, 44-46, 49, 56,
61-64, 66-67, 75, 78-79, 81,
87-90, 93, 100-101, 103-107,
109, 111-113, 117-119, 123,
130-131, 133-136, 138-142
- Tenochitlán 51-52, 83
- Templo 51, 53, 86
- Tiempo 29-30, 36, 41, 45, 54-55,
57, 62-65, 73-74, 76, 87, 97,
101-104, 106-107, 109-116,
118-119, 125, 140
- Teatro 22, 87, 89, 97, 105,
107-108, 113-114, 135-136
- Total 41, 67, 75, 100-101, 108, 114,
117, 140
- Totalidad 15, 66, 104, 115, 131
- Todo 11, 14, 18, 20, 30, 32, 39-40,
42, 53, 64, 66-67, 69-70, 73,
77-78, 80-81, 83, 86, 102-103,

- 105, 107, 114, 122, 126-128, 130,
132, 141
Testamento 120, 122
- V**
Vida 18, 30, 41, 53-58, 67, 86, 89,
103, 106, 108, 110-111, 122,
126-128, 131, 140
- Viejo 12, 15, 19, 22, 32, 49, 53, 64,
67, 71, 85, 100-102, 104-105,
107, 111-112, 115-116, 129,
131-133, 139-141
Violencias 20, 35,
- U**
Utopía 104, 129

COLEC-
CIÓN
440

SERIE
EDUCACIÓN

ESTA OBRA SE TERMINÓ
DE EDITAR EN NOVIEMBRE
DE 2022, EN LA UNIVERSIDAD
SANTO TOMÁS DE COLOMBIA

EDICIONES
USTA



SERIE
HUMA-
NIDADES

Este libro resultado de investigación, aborda con rigor y honestidad el problema de la llamada identidad latinoamericana a partir del estudio profundo de *Terra nostra*, una de las obras más complejas y arriesgadas del mexicano Carlos Fuentes, y fruto, sin duda, de la experimentación estética y formal que asumió la literatura en el contexto de los años sesenta y setenta. En esta obra totalizadora, desvelamos una “propuesta Caordica” en la que se deja leer una urdimbre de culturas, una hibridación que nos fortalece como grupo de etnias, y en la que se dilucidan las culturas indígena, española y afrodescendiente.

Desde esta obra se perciben múltiples miradas y problemas como la diferencia de ideologías, la producción simbólica popular y la presencia de un imaginario identificado como culto. Todo esto implica analizar cómo ha sido la construcción del pensamiento latinoamericano y cómo es posible su reconstrucción a través de la literatura y su estudio.



UNIVERSIDAD
SANTO TOMÁS
SEDE PRINCIPAL